Norma Traversini, joven profesora de Arte Escénico, decide abrir un taller de Expresión Actoral en el barrio de Flores. Para comunicarles la nueva a los vecinos recurre al habitual, clásico volante. Nada en principio más fácil. Los interrogantes, sin embargo, se agolpan, el enredo crece, las explicaciones se complican y el volante se precipita en una novela venturosa donde enmascarados, elefantes, escritores y condesas asisten en el rostro impasible de Lady Barbie a la revelación de un misterio diáfano: la "sonrisa seria".

César Aira nació en Coronel Pringles el 23 de febrero de 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, en el barrio de Flores. Hasta la fecha ha publicado doce novelas: **Moreira, Ema, la cautiva, La luz argentina, Las ovejas, Canto Castrato, Una novela china, Los fantasmas, El bautismo, La liebre, Embalse, El llanto y La prueba**; dos cuentos: **El vestido rosa** y **Cecil Taylor**; y dos libros de ensayo: **Copi** y **Nouvelles impressions du Petit Maroc**. Es traductor. En diversos diarios y revistas pueden leerse sus ensayos, breves y sagaces, sobre distintos autores.

Desde hace unos años se dedica a la compilación de la obra de su amigo Osvaldo Lamborghini.



BEATRIZ VITERBO EDITORA

César Aira El volante

César Aira

El volante



El volante

FICCIONES

César Aira

El volante

BEATRIZ VITERBO EDITORA

Biblioteca: *Ficciones*
Diseño de colección: Daniel García
Ilustración de tapa: Daniel García

Primera edición: setiembre de 1992

Laprida 2086, Rosario

I.S.B.N.: 950-99766-8-7
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en Argentina

Queridos vecinos de nuestro barrio de Flores: recurro a este medio, el simpático volante que se pasa por debajo de la puerta de calle, para comunicarme con ustedes y hacerles llegar mi humilde propuesta. Pero antes, quiero presentarme: soy Norma Traversini, Profesora de Arte Escénico diplomada en el Conservatorio Nacional de Arte Dramático, Profesora de Expresión Corporal, Dibujo, Gimnasia, Danza Jazz y Control Mental, y actriz vocacional. Tengo veinticuatro años y una experiencia bastante prolongada en el oficio de las tablas, como que la inicié antes de saber leer y escribir: ya a los seis años integraba el Cuerpo Infantil Estable de danza del Teatro Colón. Desarrollé actividad pedagógica no rentada en el Centro Cultural Roberto Arlt, dependiente del Consejo Vecinal Número 6 (Flores) y participé en el Grupo de Teatro Infantil El Andariego. Omito mi labor en centros de recreación y colonias de verano. Diré en cambio que es posible que usted, vecino o vecina, me haya visto en el barrio más de una vez, esperando un colectivo, yendo o viniendo de alguna clase, mirando vidrieras, o simplemente paseando con mis amigas o tomando el té en la

tradicional confitería San José, frente a la plaza, o, con más frecuencia, en el ya tradicional Pumper Nic. Todo lo cual establece, creo, un enfoque personal, cotidiano, barrial si se quiere, y por ello claro y afectuoso. Si tomo la iniciativa de darme a conocer y establecer este fugaz canal de contacto público, es para comunicar la apertura de mi propio espacio de enseñanza. La empresa ha sido largamente madurada en la reflexión; no ignoro ni subestimo las dificultades que me aguardan, pero las enfrento con el anhelo de devolver a la comunidad algo de lo mucho que he recibido de mis maestros. Alentada por ellos, como así también por mis familiares y amistades, hago a un lado las dudas propias de un paso de tanta trascendencia en mi vida, e inauguro un taller... Pero esto sí lo pondré al modo habitual del clásico volante:

TALLER LADY BARBIE
DE
EXPRESION ACTORAL
Cnel. Esteban Bonorino 288, 2o. "8"
Inscripción e informes: personalmente
o al 630-9445 (de 19 a 21 hs)

Bien sé que estas líneas escuetas serían todo el texto de un volante de los que todos los días nos están pasando por debajo de la puerta. Pero en él, ¡cuánto queda sin decir! ¡Cuántos interrogantes sin respuesta! "Expresión actoral", ¿qué quiere decir? No, no debe asustarse. No pretendo hacer de usted un actor o actriz, aunque si su vocación y condiciones así lo quieren, no seré yo quien se lo impida, más bien por el contrario lo ayudaré a descubrir esa vocación y desarrollar esas condiciones del modo más adecuado. Pero sólo la práctica sirve en este caso, y yo diría más: lo que sirve es una práctica que no se proponga a priori descubrir ni desarrollar nada sino "hacer" nada más, embestir, a ciegas, a lo rinoceronte. A este respecto puedo recordar aquí la leyenda que preside en grandes letras de oro la sala de párvulos de la Escuela de Ballet de nuestro querido Teatro Colón, y que no bien aprendíamos a leer nos hacían descifrar nuestros maestros, inculcándonos pacientemente su significado (pues estaba, y está, en latín): INCIPERE NON DISCITUR. O sea: "No se aprende a empezar", frase cuya moraleja es: "Se empieza".

Alarmada, advierto que me he apartado del tema. Lo que pretendía ser apenas una aclaración negativa terminó en una parrafada autobiográfica. Pero éste no es un volante común. Mi intención es explicarme, así me lleve dos páginas enteras, y no engañar a nadie. Lamentablemente es el engaño, involuntario las más veces, el resultado del lacónico volante consuetudinario, que por ahorrarle al vecino unos minutos de lectura le hace perder horas en averiguaciones personales o telefónicas, sin beneficio alguno. Tal sería el caso si mi volante se hubiera limitado a las pocas líneas que destaqué más arriba. Y, lo que es peor, habría desalentado a muchos posibles alumnos o alumnas que, haciendo un bollo con el papel, o usando el reverso, como es tan corriente, para hacer la lista del supermercado, dirían: ¡Qué idea! ¡Yo actor (o: actriz)! Sé que el noventa y nueve por ciento dirá, como en la canción: no lo soy, ni lo quiero ser. Pues bien, querido vecino o vecina: yo tampoco quiero que lo sea, por lo menos si no está escrito en los

astros (y si lo estuviera, usted lo sabría y no necesitaría leerlo en esta hoja).

Mi taller está dedicado a gente que *no* se propone llegar a la actuación en el sentido literal. Antes bien, por raro que parezca, se dirige al polo opuesto. Sé que esto le extrañará, pero le pido que siga leyendo. Pues confío en poder ponerlo en claro. Mi intención es brindarle un auxilio para mejorar su nivel de sinceridad. Poner a su servicio las técnicas de la actuación dramática para que su vida de relación se haga más transparente. Pues he observado que, por paradójico que resulte, muchas veces, por no decir siempre, uno debe *actuar* para dar el tono de sincera espontaneidad deseado, para evitar ambigüedades, para dar a entender justo eso que uno quiere dar a entender, ni más ni menos. Piense, le ruego, cuántos problemas se habría evitado, cuántos malentendidos no habrían tenido lugar en su vida, si usted hubiera sabido acertar con la expresión exacta (no sólo de palabra, también de gesto, de entonación) en su momento. Y no me refiero a una elocuencia de orador de tribuna o de locutor de noticiero; pues a veces lo exacto es un balbuceo, o un silencio. Dicho así (ya sé que me expreso mal), usted pensará que le estoy proponiendo una existencia de pérfida simulación, de perpetua mentira. Y es todo lo contrario. Lo que le propongo es usar las artes de la mentira para mejor decir la verdad. Para convencerlo, le diré que he pensado mi método como un valioso auxiliar del trato de los padres, sobre todo de la madre, con sus hijos pequeños; y yo jamás jugaría con una relación tan sagrada. Sé por experiencia propia, por haber sido una niña de una sensibilidad a flor de piel, que al inicio de la vida se necesitan más que nunca mensajes claros, unívocos, sin segundas interpretaciones. ¿Y quién si no el actor, avezado en los mecanismos del comunicar, es capaz de emitir esa clase de mensajes? Por supuesto, ninguna actuación puede suplantar al amor verdadero, ¿pero quién nos garantiza que el amor será entendido? Lo mismo puede decirse de todos los demás sentimientos, y de la honestidad en general, madre y respaldo de todos los sentimientos. Es que el amante que se decide a declarar su pasión, el empleado que va a pedirle aumento a su jefe, el amigo que abre su corazón en una confidencia, y hasta el parroquiano que le pide al mozo un segundo terrón de azúcar para su café, está de pronto en un escenario, donde cuenta su eficacia expresiva. ¿Por qué no brindarse la oportunidad de aprender a hacerlo, en lugar de confiar a ciegas en una espontaneidad que suele traicionarnos, o que no está en su lugar cuando la necesitamos? El arte, queridos vecinos, es parte de la vida humana, y no vale que hagamos lo del avestruz. Ésa es mi propuesta, y conciente de haberme extendido demasiado para un volante, me remito a su benevolencia de vecino y, si no es abusar, a sugerirle la posibilidad de una relectura. Con toda cordialidad, Norma Traversini.

Posdata: después de la firma debo agregar algo todavía, porque la relectura que hice yo misma me ha convencido de que no me expliqué bien. En realidad no puedo juzgar, porque yo la idea la tengo clara; pero ya la tenía clara antes, y lo que he escrito puede o no acrecentar esa claridad. En la incertidumbre, haré un esfuerzo más por disipar

el malentendido. Empezaré desde el principio, y no por la mitad como lo hice antes.

En el principio... hablamos. Oímos. Gesticulamos. Vemos. En el verdadero principio, es como si estuviéramos en la China. Nos rodea y nos envuelve una lengua extranjera, que más que una lengua es un mundo de significados en el que somos náufragos, expósitos. Pero he aquí que no estamos en la China. Estamos en casa, en nuestro país, en nuestra ciudad, en nuestro barrio. El mundo es doméstico, habitual, es lo conocido por excelencia, ya que no hay nada que lo sea más. Los significados se dan por supuestos, todos sin excepción. Hablamos, y sabemos desde antes de abrir la boca que nos están comprendiendo; si no fuera así, no hablaríamos. Oímos lo que nos dicen, y desde antes de despertar nuestra atención sabemos que comprenderemos lo que nos dirán; de otro modo seguiríamos distraídos. Y esto no se aplica sólo a las conversaciones, a las preguntas y respuestas. Se aplica a la vida toda, y *es* la vida. En este punto volvemos a estar en la China, vuelve a rodearnos la "lengua extranjera". Porque ya no comprendemos las palabras en el sentido del diccionario. El diccionario nos da el equivalente comprensible de la palabra, pero cuando la vida entera se encuentra impregnada por la comprensión, dejamos de disponer de esa otra lengua a la que traducir las palabras, y nos encontramos inermes, flotando en un océano de jeroglíficos intrigantes al que llamamos la Vida. Ahora bien, ése es el océano de la delicadeza. Es realmente como la China, todo sedas y porcelanas y fatuos claros de luna: una nada basta para rasgar y quebrar, y los daños son siempre irreparables. El

amor, la amistad, los negocios, la familia, tomados como paisajes bajo el claro de luna de la comunicación, son el reino de la fragilidad. Son un gran teléfono impalpable hecho de rocío y arcoiris, que puede descomponerse en cualquier momento. El Claro de Luna es una sonata, y si una sola de sus notas falla, la melodía se arruina para siempre. No es que quiera ser alarmista, pero es la lección de la experiencia. La experiencia misma es una tela de araña, en la que una mosca puede hacer un agujero. Y si no fuera así, ¿por qué tendríamos miedo? Si vivimos alerta, posados en el miedo, por algo será. Porque todo lo que comprendemos, también podríamos no comprenderlo, y viceversa. Es una diferencia de signos, positivo o negativo. Pero ojalá eso fuera todo. Si fuera una cuestión de bloques, de absolutos, podríamos vivir tranquilos. Y no es así. El signo no sobrevuela una totalidad de sentido o sinsentido sino que ha bajado y se entromete, multiplicada al infinito, en todas las intersecciones del mundo. Es más: se traslada, tiene movilidad propia, y encima se disfraza, el positivo aparece como negativo, el negativo como positivo. Y no es un travestismo burlón que suceda los fines de semana: es lo habitual. Se disfraza siempre, pero al mismo tiempo a veces, como para no darnos siquiera una seguridad por la negativa. Ahí es donde pretendo materializarme yo, como un hada con mi varita mágica. Yo, pero apenas como rudimentaria intercesora del arte milenario del teatro. Y el teatro, como rudimentario intercesor del arte momentáneo de la vida. Entonces la delicadeza puede ponerse de nuestro lado, puede ser un arma en nuestras manos. Porque el teatro es la miniatura del mundo, y con las miniaturas lo

que cuenta es la delicadeza, y el efecto de la delicadeza: la eficacia. A eso se dirige toda mi propuesta: a entrar en el laberinto de la eficacia, y no perderse. El teatro es un sueño, de acuerdo. El teatro y el sueño son mundos de bolsillo que llevamos a todas partes, y que llevamos sin saberlo. Pueden volverse gigantes, y dominarnos, o pueden quedar en su naturaleza minúscula y obedecernos. Podemos tenerlos en la mano, apretar sus botoncitos con la punta de los dedos, y hacer que el mundo real aparezca, y funcione. Es como un televisor con control remoto. Se produce entonces una eficacia absoluta de la vida: en el sueño, somos los sonámbulos. Ya no estamos en la China. ¡Estamos en la Luna! En el imperio encantado adonde fueron todos los sueños de todos los hombres, y donde sin saberlo estábamos destinados a vivir. Allí nos esperan prodigiosas aventuras que suceden a increíble velocidad, rápidas como el pensamiento, o más. Mucho más. Hay que imaginarse otro pensamiento para hacerse una idea de esta velocidad, un pensamiento hecho de pura eficacia vertiginosa. Es que hemos llegado al estado de la miniatura plena. La Luna siempre ha sido una miniatura para el hombre. Una miniatura inalcanzable. Inclusive cuando llegaron los astronautas, en la televisión, esos rebotes, esas huellas que no se borrarán jamás, ese día de cielo negro como el terciopelo, confirmaron que era el ojo de la mosca, el paisaje en la cajita de música descompuesta; más la eternidad. Pero una eternidad rápida. En la miniatura multidimensional, el tiempo se ha concentrado como en un frasco de Chanel Nº 5. Sólo ahí podemos empezar a actuar, y todo lo anterior se revela como

un sueño, pero un sueño de la otra especie, donde nos dominaba un designio extraño y funesto, el destino de la torpeza y el tropiezo. Es como si hubiéramos despertado, y miramos lo que nos rodea, atónitos, incrédulos...

La luna es un teatro, y todo teatro sucede bajo el brillo de la luna, cuyos rayos dan, como en las fábulas de la mitología, en el corazón del durmiente. La luz de la luna traza en el escenario las marcas de tiza que un director precavido ha puesto para recordar a los actores por dónde deben desplazarse. Porque el teatro no es tanto magia como un dispositivo bien pensado. Y los sentimientos también lo son. Mientras los actores se mueven, prosiguen la conversación. De una conversación depende que nazca el amor, o no, según las preferencias del dramaturgo. Los caminos del teatro son insondables, incluso caprichosos. Y el mundo es capricho y miniatura. De pronto advierten, y ahí es donde se despiertan, que están recitando un texto escrito. De modo que la distancia entre lo eficaz y su contrario depende sólo de la memoria, que es la gran acercadora, la gran Noche. Pero yo, en el plano de mi pedagogía, que no se ocupa del teatro sino del mundo, busco otra cosa más allá de la memoria, un automatismo. Cuando la memoria se disuelve, opera la magia al revés. La magia verdadera es la que funciona al revés, como metáfora descendente. Y no es la luna flechando al cazador dormido, no es el bosque encantado, sino el barrio, nuestra calle, nuestra casa. La Luna pasa su volante por debajo de la puerta, en formato de pequeño cuadrado de luz blanca. (La mirilla de la puerta de calle quedó abierta, por ahí se proyecta en el piso de parquet esa figura chata.)

El dueño de casa que va de su dormitorio a la cocina a aplacar el insomnio con un vaso de agua cruza el living, mira hacia abajo, se confunde y exclama para sus adentros ¡Otra vez pasaron un volante! ¿No descansan nunca, ni de día ni de noche? ¡Qué manía! ¿Nunca renunciarán al viejo método? ¿Y de quién será esta vez? ¿Del electricista, del plomero, del cerrajero? ¿O de algún nuevo taller, de Dibujo, de Danza, de Inglés, de Apoyo Escolar? En el fondo da lo mismo, porque todos tienen algo en común: proponer una eficacia. Todos operan con el mismo procedimiento: crear una intimidad, acercar a la gente. Y todos, todos esos cuadraditos impalpables de papel se lanzan con la esperanza de dar en el blanco —pero se lanzan a ciegas, en el laberinto difuso de la ciudad o el barrio, como una multiplicación. El vecino se inclina a recogerlo, movido por la curiosidad, y sus dedos tocan la fría madera encerada del piso. Era la Luna. Demora una fracción de segundo en percatarse del engaño, y entonces suelta una risa, la risa con la que se disuelve una ilusión.

Y, ahora que lo he escrito, esa risa disipa también mi ilusión. Es como si yo misma me despertara de un sueño. Pues advierto, esta vez sin necesidad de releer, que no me he explicado bien. He hecho lo contrario: no sólo explicarme mal, y muy mal, sino que he ampliado fantásticamente el campo a explicar, lo he ampliado mucho más allá de mis posibilidades. Hagamos como si no hubiera dicho nada. De todos modos, es equivalente a lo que hice. ¡Qué galimatías! Debe de ser que yo misma no lo tengo muy en claro. Me detengo a pensar un momento, cosa que no hice

antes, y compruebo que sí lo tengo claro, muy claro, quizás demasiado. Quizás hay una especie de locura en esa claridad, que me hace presa fácil del demonio de la explicación.

Lo más conveniente será empezar de nuevo, desde el Querido Vecino, pero esta vez empleando mi modesto don de actriz para ponerme en la piel de quien no sepa nada de antemano de mi proyecto, para poner a prueba su transparencia. A ver si me sale.

Todos hemos tenido la experiencia de las expresiones inolvidables. Aquella frase o palabra o exclamación o silencio que nos llegó directo al corazón o a la mente, cargada de un sentido luminoso, imposible de no captar. Algo así como la última réplica de un chiste bien contado. Aunque estuviera velado por la niebla repentina del espanto o las lágrimas de la pena. "Nunca olvidaré cómo me lo dijo." "Nunca dejaré de oír sus palabras." "Me parece verlo en ese momento." La expresión inolvidable es la coagulación de toda una trama, de la que en lo sucesivo actúa como ayuda-memoria. Su calidad de inolvidable suele adjudicarse o bien al azar o bien al mérito de la trama que cierra, al cuento en sí, que encontramos muy digno de repetir. Pero cuando lo contamos, y llegamos a la expresión inolvidable, no podemos reproducirla. No podríamos ni aunque fuéramos el mejor actor del mundo, porque su esencia está en lo irreproducible. De modo que tenemos que describirla. Nos lleva diez minutos de balbuceos y exclamaciones y apelaciones a la imaginación de nuestro interlocutor (bajo la forma "no podés imaginarte...") dar a entender lo que fue ese "no" o ese "sí" o esa mirada. No intentamos

siquiera reproducirlo porque, aun cuando pudiéramos, le estaríamos quitando lo mejor a nuestro relato. El balbuceo, lo aproximativo, son de rigor. Es el antichiste. Pues bien, todos reconocemos que en la emisión de la expresión inolvidable hubo una especie de técnica, así sea subliminal o casual. Fue el corazón, el secreto, fue la vida entera, que salió a la superficie. Pero salió con un modo, encarnó completa y definitivamente un modo, y en ese sentido fue parte de una técnica interpersonal que recorre el mundo creando relatos que valgan la pena.

Parece absurdo, inadecuado por principio, que alguien intente enseñar esa técnica. Pero un taller no es una academia: es un lugar de aprendizaje y experimentación, de busca, no de hallazgo. Y creo saber cómo ayudar a la gente a volver inolvidables, para los demás, cada uno de sus momentos. No inolvidables en sentido literal, porque una vida así no podría vivirse. Ofrezco una eternidad de bolsillo, una aproximación a lo adecuado. Un simulacro, si se quiere, pero consolatorio. La técnica es sublime, pero es muy prolongada, y se puede empezar con ella desde muy abajo. Un camino de mil leguas, dicen los chinos, empieza con un paso.

Pero no. Basta. No puedo seguir en este tren. Creo haber fallado por tercera vez. Quizás no, pero es la impresión que tengo. Este último intento fue muy desmayado, sin verdadero esfuerzo, derrotista. Sea como sea, mi error fue no detenerme a tiempo. La suma de explicaciones, lejos de aclarar el panorama, lo ha confundido radicalmente. Es uno de los casos que desmienten el aserto: lo que abunda no daña. En cierto modo, me he desmentido a mí misma. Quiero ofrecer el modo de hacerse

entender, y no lo consigo yo misma con la oferta en cuestión. Con todo, tengo una disculpa, que encuentro importante. Si yo estuviera ante usted en persona, me haría entender en menos que canta un gallo, y a la perfección. Pero no estoy frente a usted; me estoy comunicando por intermedio de este volante, y puedo culpar de la falla a la escritura, arte que me es más ajeno que cualquier otro. ¡Quién supiera escribir! Si estuviera promoviendo un taller literario, debería renunciar en este punto. Pero el mío no es un taller literario, de hecho es casi lo opuesto. De modo que quizás sea lo correcto haber fracasado hasta aquí. Y eso me da una idea para tratar de explicarme una vez más, incluyendo decididamente la inadecuación fatal que ahora sé que viene implícita. Quiero contarle brevemente el por qué del nombre. Proviene de un libro. El hábito de la lectura es hermoso. Como mi actividad es con el cuerpo, al cabo de una jornada muchas veces agotadora siento la necesidad de darle una expansión a la mente, y me siento en un sillón a hojear la revista *Gente* o mirar algo en la televisión. De ese modo hago un equilibrio entre los dos aspectos, el físico y el intelectual, y realmente no puedo entender a muchos de mis colegas que prefieren dormir sin más. No leo libros, por supuesto, porque eso me llevaría un tiempo que no tengo. Aun así, y muy poco a poco, a lo largo de varios meses hace dos años, leí una novela que me regaló una amiga. Se llama *Apariencias* y es de la editorial Sudamericana. No puedo decir (y recordemos que de acuerdo con mis nuevas premisas yo no puedo decir nada) sino que es buenísima. Se la recomendé a todas mis amigas e inclusive se la presté a una de ellas, aunque creo

que todavía no la ha leído por falta de tiempo. Más de una vez empecé a contarles el argumento, que es de lo más complicado e ingenioso. Me quedó grabada del principio al fin, y es como si yo misma hubiera vivido la aventura de su protagonista, Lady Barbie Windson... y con eso queda explicado el por qué del nombre. Pero explicado a medias, y la otra mitad creo que sería, al fin, la verdadera y definitiva explicación de mis intenciones al abrir mi taller de expresión. Para arribar a tal resultado, tendré que hacer una brevísima síntesis del argumento. Claro que más claridad se lograría si ustedes leyeran la novela (es de la editorial Sudamericana, y supongo que debe de conseguirse en las librerías; la tapa es celeste y tiene la foto de una chica rubia con un camisón blanco sobre un fondo de árboles), pero como sé que nadie tiene tiempo de leer hoy en día, y además yo querría hacer un comentario sobre el punto pertinente, el resumen será suficiente. Ojalá yo supiera escribir. Como no es así, tendrán que poner un poco de atención extra para no perderse.

La hermosa e impasible Lady Barbie Windson había sido extraída de un selecto internado en Kent, en el que había pasado los últimos diez años, entre los diez y los veinte de edad, y llevada a la India, donde su padre explotaba una plantación de té en el Punjab. Sir Horace, el padre, la mandó llamar inmediatamente después de la muerte de su esposa, Lady Harriet, para que la joven ocupara el lugar de la madre difunta en la dirección de la casa allá en la India. Los antecedentes eran éstos: Sir Horace vivía desde su juventud en el Asia; cuando su plantación de té estuvo en marcha viajó a Inglaterra y se casó, en la

primavera de 1889, con su prima Harriet Osmond-Davies, con la que volvió a la India. Allí nacieron las mellizas, y al cabo de seis años y medio el matrimonio se deshizo en malos términos (él había tomado una amante nativa, Sonda Hirastany, la gordísima y miope secretaria del Maharajá de Kapurtala), y Lady Harriet se embarcó a Inglaterra con sus hijas. Al cabo de cuatro años de separación y silencio, hubo una reanudación de correspondencia, complementada por los buenos oficios personales de un tío de Sir Horace, el Coronel Mapplewhite, de los Lanceros de Nepal, en cuya compañía Lady Harriet fue persuadida a viajar por segunda vez al Oriente, a recomponer el matrimonio. Barbie quedó entonces en el internado que Miss Cuatrecasas tenía en Kent. Durante la década subsiguiente la niña recibió apenas las cartas suficientes para enterarse de que sus padres habían vuelto a formar una pareja estable, que la reconciliación había sido premiada con un hijo, el pequeño William, y que los precios internacionales del té a la vuelta del siglo habían multiplicado portentosamente la opulencia de la familia. La noticia de la muerte de la madre y el llamado perentorio del padre vinieron en una misma carta. La joven lloró en brazos de Martha Cuatrecasas, hizo las valijas y partió de Southampton un día lluvioso bajo la protección del Capitán Cawdor, a bordo del navío de éste, el Pelikan, rumbo al destino que espera a todas las jóvenes que han coronado con un Sobresaliente sus estudios.

Contra lo que pudiera parecer, Sir Horace no había actuado por egoísmo. La decisión de hacer regresar a su hija obedecía a un razonamiento en favor de su heredero, el pequeño Willie. El caba-

llero pensó que el niño necesitaría quien hiciera las veces de su madre, cuya muerte le fue piadosamente ocultada. Y en ese sentido sus intenciones quedaron más que realizadas, porque Lady Barbie se parecía a su madre como una gota de agua a otra, salvo por la diferencia de edades. De hecho, este parecido le dio que pensar a más de uno allá en el Punjab. A Willie entre ellos, pero menos. Pues para él la confusión de una madre con otra fue algo natural, y esa naturalidad formó su mente y le dio un color especial al resto de su vida, que tuvo como consecuencia muy poco pensamiento y una gran confianza en la renovación de las identidades. Tampoco movilizó mucho el cerebro de Sir Horace, pero por otro motivo, en cierto modo opuesto al de su hijo. Es que la vida del rico plantador ya estaba formada, y mucho. Lo estaba tanto que había llegado a una suerte de saturación (la forma se satura a sí misma). Me explico (resumiendo, por supuesto, las explicaciones que va dando el autor a lo largo de la novela): Sir Horace era lo que suele llamarse un hombre de hábitos. Tenía todos sus hábitos puestos en su lugar, y los que no tenía los inventaba, pero sin saberlo. Se inclinaba a cortar una rosa, y era como si toda su vida hubiera estado haciéndolo; se pinchaba el dedo con una espina, y el dolor era el recordatorio habitual de sí mismo. Miraba el fantástico incendio de los cielos al crepúsculo, y era como ver el ciclo anual de sus prados de té. Era consultado por las autoridades virreynales sobre algún imprevisto en el comercio imperial, y trataba de recordar qué respuesta se daba en ese caso, ¡y lo peor es que lo recordaba, infaliblemente! Era un filósofo al revés; daba por sentada su vida. De

modo que las pequeñas confusiones que no dejó de provocarle el parecido de su hija recuperada con su difunta esposa no lo sorprendieron. Cuando la tomaba del brazo como lo había hecho con la muerta, o le hablaba con las palabras que habría usado hablando con ella, a veces durante horas, conversaciones enteras que sostenía con una Lady Harriet ya inexistente (porque además, lógicamente, era distraído), no había un "despertar" del malentendido, es decir que no había malentendido. Era el automatismo general que él encarnaba, nada más. Para él la singularidad suprema de una repetición era una simple repetición.

El intrigante parecido de Barbie con su madre sí les dio que pensar, y de eso en el fondo se trata la novela, a otros personajes. El primero, Sonda Hirastany, para quien la aparición de la joven fue un verdadero shock. Sonda no había llegado a reponerse en realidad del fracaso que diez años atrás había representado para ella la reconciliación del matrimonio de Windson Manor. No porque la reunión la expulsara de la vida íntima de Sir Horace (tal eventualidad no podía darse, dado el carácter irreversible de hábito que tenía la conducta del caballero); pero que el fracaso coexistiera con el éxito no lo disolvía. Su principal motivo de desazón a lo largo de los muchos años de adulterio había sido la sublime inexpresividad inglesa de Lady Harriet. Sonda en cambio era todo expresión, todo fisiognomía, todo psicología a flor de piel. Cuando desbancó a la esposa y la obligó a marcharse a Inglaterra, fue un triunfo a lo Pirro. Años después, esperó ansiosamente su regreso, y grande fue su espanto al ver a una Lady Harriet que volvía igual a como se había ido; los cuatro

años parecían no haber pasado para ella, mientras que para Sonda habían sido eternidades de sensibilidad, y veinte o treinta kilos más. Pensándolo bien, cosa que estaba en condiciones de hacer porque no le faltaba inteligencia, había llegado a la conclusión de que seguía engordando para cubrir su expresividad. Flaca, habría sido el maniquí del repertorio completo de los gestos. Gorda, llegando a un límite de asíntota a la explosión, o a hacerse cosmos directamente, sería hierática como una estatua, como esa horrenda británica impasible. Entonces comía y comía, y no hacía ejercicio. Su piel rosa estaba tirante al máximo. Pero eso era un proceso, que ella sufría; y explicárselo ya era como estar expresando cosas. Lady Harriet seguía flaca como un palo, lenta como la piedra, fría como el chorro de agua. Al fin la muerte se la llevó. Pero qué amargura verla materializarse de nuevo en la figura de la hija, mucho más delgada y más impasible todavía. Fue como si el ejército enemigo, en la pesadilla de un general, reconstruyera por arte de magia su más fresco amanecer al mediodía, mientras ella seguía siendo la de antes, cansada y gorda a reventar. Y Lady Barbie tenía inclusive menos que expresar que su madre, o directamente no tenía nada, así que la inexpresividad le salía gratis, mientras sobre Sonda se acumulaban las decepciones clamando por su traducción al gesto. Por supuesto, uno puede preguntarse, cosa que el autor de la novela no hace, dónde estaba el problema de esta señora. ¿Por qué quería ser impasible? Quizás haya que decir que la mente oriental es insondable para nosotros.

En segundo lugar, el teniente Gwaith Mapplewhite, primo de Sir Horace, amante de Lady Harriet y padre del pequeño Willie. En tercero, los escritores del grupo Calcutti, que se la pasaban de tertulia en Windson Manor. A fines del siglo pasado, la India tenía una pujante literatura del interior, que décadas después fue concentrándose en la región de Bengala, y terminó confinada en la ciudad de Calcuta, y más precisamente en un par de calles y cafés del centro, con lo que perdió contacto con la realidad del país. No es que originalmente hubiera tenido mucho contacto. Los jóvenes del grupo Calcutti, en el Punjab, vivían pendientes de las novedades francesas. En la época en que sucede la novela, estaban fascinados con Laforgue. Por ser más de uno, y tener en consecuencia varias psicologías alternativas, estos escritorzuelos parasitarios habían logrado penetrar los mecanismos mentales de los otros personajes (la función del "coro"). Por ejemplo de Sonda Hirastany, de quien uno de ellos había hecho una cruel caricatura en un librito de versos que mostraba en la tapa un gavial obeso haciendo muecas, y abajo el lema: *Le besoin de s'exprimer.* En este caso tenían un motivo intrínseco para entender: ellos mismos se sabían patéticamente expresivos, y un mínimo de clarividencia les bastaba para advertir que de esos retorcimientos y gesticulaciones pueriles a los que los condenaba la raza, el vanguardismo y la juventud, sólo podía surgir una literatura derivativa. Habían puesto en Lady Harriet la misma veneración, cuantitativa y cualitativamente, que en Laforgue. La impasibilidad de esfinge se les antojaba el sine qua non de

la originalidad. Pero saberlo les ponía los sentimientos a flor de piel, y tenerlos ahí los multiplicaba. Cuando Lady Barbie vino a reemplazar a su madre, tuvieron ocasión de renovar sus angustias poéticas, y acentuarlas, porque la chica era un basalto. Se habían hecho por un instante la esperanza de que, conociendo como conocían el contexto, se podrían poner en observadores, ver qué pasaba con ella; había tantas posibilidades (la que más les gustaba, sin confesárselo, era que reanudara el amorío de su mamá con el teniente), y si ella se comportaba como en una novela, serían ellos los puestos en el lugar de la piedra, petrificados por la posición de lector, y ella en el lugar de lo humano. Los acontecimientos no pudieron desmentirlos más, pobrecitos. Aunque eran unos diez, sólo tres de ellos tienen participación en el argumento: Hitarroney, Fejfec y Beguel. Pertenecían a sendas familias de brahmines thugs, a medias empobrecidas (no mucho) y se habían cambiado sus vulgares nombres bengalíes por unos fantasiosos apelativos franceses: respectivamente, Louis, Serge y Daniel. Eran jóvenes, pero no tanto. Los tres habían pasado los treinta, y seguían portándose como adolescentes. Andaban vestidos prácticamente con andrajos: camisas y bombachos blancos todos sudados, botitas de lona, collares, aros, los rizos ignorantes del peine (salvo Serge, que era pelado); no tenían modales y vivían a la espera de una gloria literaria que el país no parecía dispuesto a darles. Era difícil imaginarse cuándo escribían y leían, porque hacían vida social todo el tiempo. A semejantes vagos mal entrazados no se les habrían franqueado las puertas de las mansiones de los plantadores ingleses, pero sí se les

habían franqueado, y ellos mismos no se explicaban bien por qué. Quizás porque, después de todo, representaban la cultura de la nación india (¡absurdo! ¡si eran unos snobs que no habían leído siquiera el Ramayana!).

El elenco se completa con la condesa de Pringle y su hijo, el apuesto Cedar Pringle. La condesa era dueña de un par de montañas en las que criaba gusanos de seda, y su hijo era un desocupado, muy dandy, muy inglés. Y sobre todo muy, pero muy, hijo de puta. De lo peor.

Cuando llegó Barbie no tuvo que esperar para conocer a toda esta coterie porque las tertulias se sucedían a ritmo frenético en Windson Manor, debido a que por esa época del año estaba en danza el Premio Punjab de Novela, y el jurado fallaría en menos de un mes. El jurado estaba constituido por el viejo Coronel Mapplewhite, por Sonda Hirastany y por Cedar Pringle. Como el primero venía acompañado de su hijo, y el último no iba a ninguna parte sin su madre, y como, además, los jóvenes "Calcutti" no querían perderse palabra que los jueces soltaran inadvertidamente en sus reuniones informales, era cartón lleno en lo de Windson. El interés de los escritores se debía a que, por supuesto, casi todos ellos se habían presentado al concurso. De incógnito, porque el sistema establecido en las bases era el llamado de "plica aparte", vale decir que las novelas debían firmarse con seudónimo, y en sobre cerrado en cuyo dorso figuraba el seudónimo estaba el nombre, domicilio y número de documento del autor. Los comentarios de los jueces menudeaban, pero para las orejas de estos jóvenes resultaban por demás insatisfactorios. Ni una sola

vez oyeron nada sobre sus novelas. La gorda Hirastany y el viejo Mapplewhite soltaban vagas declaraciones de tipo "Qué malas son estas novelas", o "Qué poca pasión ponen", o "Qué chatura" o "Qué poco profesionalismo", que exasperaban a los escritores presentes por su impresionismo irresponsable, o se ponían a contarse una al otro las novelas malísimas que habían leído, que no eran muchas. Una sobre todo les había llamado la atención, *Náufragos a la deriva*. Era de esas novelas (decían ellos) tan pero tan malas que basta leer los cinco primeros renglones para tirarla a la basura, pero de tan mala los había fascinado y habían leído hasta la última de sus cuatrocientas páginas llenas de disparates. No podía negarse que los había divertido, pero a juzgar por lo que se les oía era la única de las cien novelas que debían juzgar que habían leído con atención. Los Calcutti temblaban de la irritación, y cuando la charla de esos dos sujetos gagá en cuyas manos estaba su suerte volvía a la condenada *Náufragos a la deriva* ellos intercambiaban miradas que significaban "qué podemos esperar de estos imbéciles". Otros comentarios eran más alentadores, por ejemplo los muy deprecatorios referidos a la abundancia de novelas con enviados divinos entre las presentadas; ninguno de ellos había presentado una novela con enviados divinos. ¿Pero acaso habían leído las de enviados divinos, Sonda y el Coronel? Quizás sólo las habían hojeado hasta comprobar el género. La única que habían leído era *Náufragos a la deriva*. ¿Acaso tenían tiempo para leer? Cien novelas son muchas páginas, y éstos se pasaban el día charlando y tomando té en Windson Manor. De lo que sí estaban seguros era de que Cedar-

Pringle las había leído todas. De los tres, era el único que tenía cerebro como para entender algo, y su decisión se impondría. Además, podían dar por seguro que ningún seudónimo lo había desorientado, y a esta altura sabía bien de quién era cada novela. Pero él nunca hacía comentarios, salvo cuando se trataba de *Náufragos a la deriva*, en cuyo caso se unía con gusto a las bromas. De hecho, él les había recomendado la lectura de esa bazofia a los otros dos; no por buena, por supuesto, sino por disparatada y divertida. Por lo demás, distante, discreto, superinglés, no parecía darle importancia al concurso, parecía en las nubes, y los jóvenes aterrados temían lo peor, conociéndolo. Los plazos se acortaban, y los tres seguían actuando como si dispusieran de una eternidad. Faltaba menos de un mes para el día de expedirse, y las noventa y nueve novelas seguían sin leer... Los pobres muchachos estaban lejos de imaginarse cuántas cosas pasarían en el lapso de ese mes.

Por lo pronto, pasó que llegó Barbie, lo que fue un poderoso motivo extra de distracción. La lectura pasó directamente a otra dimensión, casi impensable. Sir Horace fue a esperar al Pelikan a Bombay, y regresó con su hija al Punjab a lomo de elefante en una semana; llegaron a Windson Manor a última hora de una tarde de monzón. Tras unas abluciones en su cuarto, someras y casi simbólicas porque no se desarreglaba nunca, la joven bajó a tomar el té al gran salón vidriado de la planta baja, donde el plenario de habitués, reunido para darle la bienvenida, pudo admirarla y sentir perplejidad, cada cual por su motivo personal, durante horas, mientras se hacía de

noche entre las transparencias del viento y de la lluvia. Admiraron su belleza, su parecido, su impavidez. Roldanas de plata elevaban el té gota a gota a labios que no sonreían. La vieron dirigir la mirada helada de sus ojos celestes a los vidrios en los que se estrellaban las malvas indias. Gwaith le explicó que esas flores estaban enganchadas a su planta por la más imperceptible rótula, y bastaba un roce del aire para desprenderlas. Barbie asentía. ¿No lo recordabas? le preguntó Sonda. Todos miraron hacia los vidrios; estaban tan acostumbrados al azote de malvas que ni lo notaban. La condesa de Pringle puso en palabras algo bruscas el sentimiento general: deberían volver a descubrir, por los ojos de la recién llegada, todo lo que el hábito de los trópicos les había ocultado. Dijo Barbie que no sabía bien qué recordaba y qué no; había estado leyendo libros sobre la India. ¿Tiene el hábito de la lectura? le preguntó Fejfec. ¿Cómo puede ser que un hombre tan joven sea tan pelado? pensó ella, al tiempo que decía: El monzón es bello, ¿pero no es peligroso ceder tanto muro al vidrio, como en Kent? Gwaith: Éste no es el monzón verdadero: es su eco o maqueta. Su padre el Coronel hizo un paralelo histórico de meteorologías. Barbie se sentó. Sir Horace se sirvió un whisky. Una criada de sari trajo de la mano al pequeño Willie para que conociera a su hermana. El niño se precipitó a sus brazos exclamando: ¡Mamá!

A la mañana siguiente, cuando Barbie bajó al jardín, la naturaleza era el eco del eco del monzón. Era un día perfecto, húmedo, de un gris luminoso. Había a la vista tantas plantas, tantas flores, tantas montañas, tantos pájaros, que la mirada

resbalaba. Los hábitos del internado, que ella tenía tatuados en el cerebro, la habían hecho ponerse de punta en blanco. Dio unos pasos hacia el quiosco de mármol en la espesura del parque. La realidad estaba llena de pensamientos, y Barbie sentía las delicadas brisas humanas que en esa pequeña sociedad habían empezado a desprenderlos de ella. La envolvían como un aura. Y una mujer joven nunca deja de ver las irisaciones con que colorea el amor esos pensamientos. Las matas en los árboles se habían vuelto a llenar de malvas. Empezó a contar los trinos de los pájaros. Uno, dos... Un pavo real le salió al paso. En este punto el autor declara que a Lady Barbie no le había disgustado encontrar tanta gente en la casa, todo lo contrario. Y esa clase de gente en especial. Quién sabe qué idea se había hecho de lo que la esperaba en la India. Quizás ninguna idea, pero podía imaginársela a posteriori. Una naturaleza tan vívida le provocaba escalofríos por lo que "podía haber sido". Era un alivio encontrarse entre gente civilizada (curioso que una inglesa lo pensara); ahorraba tanto tiempo y esfuerzo. Si la manía persecutoria era el estado mental normal de los salvajes, todo lo que fuera civilización colaboraba en aplacar esa clase de síntomas. Y había encontrado refinadísima la coterie de Windson Manor; no se le ocurrió que podía ser demasiado refinadísima (porque habían hecho, la mayoría de ellos, del refinamiento su vocación y su profesión, bajo la forma cualitativa de la literatura). Se quedó atontada un instante, y si los ojos de la cola del pavo hubieran sido un lago, o un cielo, se habría hundido en ellos. Pero el animal plegó su abanico, soltó un grito y se marchó, con

sus pasitos de tullido. Barbie fue con su andadura de estatua hasta el quiosco, donde estaba el viejo Mapplewhite enfrascado en la lectura. En la mesita de mármol había una pila de carpetas. Cerró de inmediato la que tenía entre manos sin molestarse en poner un señalador ni memorizar el número de página (era la número 1) y se puso de pie para saludarla. No sé si me recordarás, querida... empezó. Pero sí, Coronel, tío abuelo, si anoche estuvimos conversando, dijo Barbie. Los Mapplewhite se habían quedado a cenar y dormir. No, no me refería a eso, dijo el viejo, sino a cuando las visité en Inglaterra hace diez años. Sí, claro que lo recuerdo, dijo ella algo dubitativa. Si se refería a eso, pensó, ¿por qué no dijo "No sé si me habrás reconocido"? Le preguntó qué hacía. El Coronel le explicó lo del concurso. ¿Pero usted es crítico literario, tío abuelo? preguntó la joven sinceramente asombrada. Tengo mis lecturas, dijo el viejo atusándose el bigote, y he publicado algunos volúmenes, de historia y esas cosas. Me gustaría leerlos, señor. Te haría bien. Un silencio. ¿Y tiene que leer todas esas novelas? le preguntó ella señalando las cinco o seis carpetas apiladas en la mesa. ¡Eso no es nada! ¡Son cien! Barbie manifestó su conmiseración. ¿Y son buenas? ¡Horrendas, niña! Porquerías. Aunque algunas se pasan de malas y son divertidas... Por ejemplo una que se llama *Náufragos a la deriva...* Y acto seguido se la contó de cabo a rabo. En eso vieron en una terraza de la mansión a Sonda Hirastany, que también había pernoctado aquí, en un sari fucsia de las dimensiones de una carpa de circo. Hubo una pausa algo incómoda. Ella también es jurado, dijo el Coronel sólo porque no encontró línea más

segura en la conversación. Ignoraba si la joven estaba al tanto de la relación de la gorda con Sir Horace. A la pregunta de si ella también escribía, el Coronel respondió con un ampuloso elogio (total, no le costaba nada) de la carrera de la señora en las letras. Y no sólo como escritora, dijo, sino como promotora y mecenas... Barbie quiso saber si era rica. No, pero lo había hecho con plata ajena, lo que no era menos meritorio. No sé si sabrás, querida, que fue la secretaria del difunto Maharajá de Kapurtala, el gran protector de las artes y las ciencias. A propósito, dijo Barbie, ¿de cuánto es el premio? Al enterarse de que no había premio, sólo la edición de la obra, se mostró asombrada: ¿Y se molestaban nada más que por eso? Bueno, sobre ese punto el Coronel debía explicarle que la situación actual en la India hacía que la publicación fuera un objetivo muy codiciado por los escritores jóvenes sin medios de fortuna. Y más tratándose de la editorial Punjab. La publicación de una novela había llegado a ser algo de tanto monto que para que la poderosa editorial Punjab se decidiera a sacar la novela premiada era necesario el apoyo económico ad-hoc que daba el más rico plantador de té de la meseta, que no era otro que Sir Horace. Lady Barbie empezaba a hacerse una idea de cómo estaban las cosas. Quiso saber si alguno de los jóvenes escritores que había visto en la casa la tarde anterior no habría presentado una novela al concurso. El Coronel estaba persuadido de que no era así (¡qué equivocado estaba! Se habían presentado solamente todos) aunque no podía asegurarlo. Siguió la explicación del sistema de plica aparte. Pero siempre se podría deducir al autor, arriesgó ella, por una compara-

ción del estilo y los temas... No, no había con qué comparar porque ninguno de ellos había publicado nada... según el Coronel, que ignoraba plenamente los muchos libritos y revistitas vanguardistas que habían sacado durante esos últimos años los miembros del grupo Calcutti. Era cierto de todos modos que ninguno había publicado en la editorial Punjab. Se produjo un silencio durante el cual el Coronel pensó: "¡Qué parecida es a la madre, Cristo! Me parece estar hablando con ella. Pero tengo que explicarle cosas que la madre ya sabía, lo que establece una diferencia. Y a la vez la anula, porque es como si la pobre Harriet se hubiera levantado de la tumba con un poco de amnesia. Y ahora que me doy cuenta, yo siempre pensé que lo único que le faltaba a Harriet para consumar su propio ideal era la amnesia. Y si lo pensé fue porque algo de amnesia debe de haber tenido, para volver con el idiota de mi sobrino después de haberse separado. Sólo espero que Gwaith no vuelva a empezar con ella." Los pensamientos de Barbie debían de haber ido por otro rumbo, porque sacó al viejo de sus reflexiones preguntándole quiénes más constituían el jurado. Lo tomó un poco de sorpresa, y debió hacer un reacomodamiento, de jurado a jurado, del que evaluaba las relaciones entre los seres vivos al que tendría que leer esas estúpidas novelas. Pero se repuso bien y contestó: Sólo uno más, porque somos tres. También lo conociste ayer: Cedar Pringle. Anticipándome a tus preguntas te diré que sí, es escritor, y al parecer muy bueno, por lo menos todos estos jovencitos lo admiran a más no poder. Además es muy apuesto, ¿no? ¿Es soltero? Completamente. No sé, dijo

Barbie... me pareció... algo altanero, pedante... No, es tímido, dijo el Coronel, que ya se imaginaba adónde irían a parar las cosas porque había estado casado con una lectora de Jane Austen. El pavo real, la viva imagen de Pringle, pasó tambaleándose bajo el peso abrumador de su cola. Detrás venía Sonda, como una dama de honor. Los vi desde allá arriba, dijo parodiando sin querer a una de las tantas divinidades tutelares de su patria, y no quise perderme la oportunidad de charlar un rato. ¡El clima es tan perfecto! La pobre gorda, que se había pasado la noche pensando, estaba decidida a iniciar la relación con la joven sobre el buen pie, y anular de entrada las ventajas que había acumulado Lady Harriet. Por eso habló del clima. Pero estaba condenada de antemano al fracaso. Dos o tres toques maestros le bastarían a la inglesa para ponerla en su lugar. Barbie alzó la vista al follaje y comentó: ¿No es siempre perfecto, aquí? La india cayó en la trampa de cabeza: ¡Para nada, querida! Un día así no se daba desde... Buscó con la vista al Coronel pidiéndole ayuda. ¿Ayer? sugirió el viejo. Y ella, escandalizada: ¡Desde hace años, décadas! ¿No oye a estos ruiseñores estallar de asombro? Hoy por primera vez en mi vida veo al pavo real con la cola abierta. Te ruego, querida, que no des por sentado nada de lo que veas. ¡Todo es excepcional! Ya estaba gesticulando, decenas de serpientes inofensivas se enroscaban y desenroscaban en su cara. Barbie se limitó a asentir y eso fue todo. La gorda se sintió caer por un abismo. Llegó a pensar que la chica le estaba calculando la edad. En un relámpago mental se dio cuenta de que la condesa de Pringle había iniciado la relación con el buen pie, ¡y ella, simétrica, infalible,

con el malo! Ni siquiera pudo impedir que el relámpago le pasara por la cara. Con uno de esos absurdos instantáneos típicos del malestar, se dijo que a partir de ahora nunca reuniría las fuerzas necesarias para leer las cien novelas (las fuerzas para concentrarse en la lectura). Eso al menos le sirvió para cambiar de tema. ¡Qué trabajador! le dijo al Coronel señalándole los carpetones. No crea, Madame Sonda, respondió el Coronel. Ella: ¿Sabe nuestra joven amiga de qué se trata? Él: de eso justamente estábamos platicando cuando usted llegó. Yo también expío mis culpas haciendo de jurado, pequeña, y estoy atrasadísima. No tardó en salir a luz *Náufragos a la deriva*. El Coronel me estuvo hablando de esa curiosa obra, dijo Barbie. Pero no se salvó de que Sonda se la contara de nuevo. No hizo ningún comentario. Sólo manifestó admiración por los papeles coloreados con los que los autores habían forrado las carpetas. Eran todos distintos, de dibujos y colores fantásticos. Debe de ser un hermoso espectáculo, dijo, ver las cien carpetas una al lado de otra. Los otros dos no lo habían notado. El Coronel se puso a hablar de la industria tradicional del papel en el Punjab, y Sonda Hirastany se hundió en una depresión de la que no la distrajo la tercera pasada del pavo real con la cola abierta.

En esas escenas y otras semejantes pasó Barbie su primer día en el Punjab. Burlando las esperanzas de su padre, Gwaith Mapplewhite puso en su mira a la joven, sin tomar en cuenta que era su tío segundo, ni que la doblaba en edad, ni que había sido el amante de su madre y que el hermano de ella era en realidad su hijo. O mejor

dicho sí lo tuvo en cuenta. Sin ser un romántico, el sujeto sabía qué extraños pueden ser los sentimientos humanos. Los puntos en contra antes enumerados bastaban para desalentar su amor. Bastaban, pero sólo en principio, porque el amor era un sentimiento lo bastante fuerte como para sobreponerse a todos los obstáculos. Esto era apenas una hipótesis, pero en el amor una hipótesis alcanza. De modo que él podía levantar sólidas murallas, y con el tiempo su corazón podía derribarlas. Todo ese proceso, hipotético pero muy real, tuvo lugar en unas horas. El teniente era un cuarentón rubio, bajito y rubicundo, ni gordo ni flaco. Empinaba el codo y era jugador. Aunque no se las comentó a nadie, sus hipótesis reales crearon ondas que sintieron todos los miembros de la pequeña sociedad de Windson Manor, y Barbie quedó temblando en medio de la telaraña. La gente civilizada produce una especie de coherencia entre sí. Podía decirse que ella ya había respondido a ese amor que derrumbaría las murallas. Hasta el Coronel lo advirtió. Sonda creyó anotarse un punto a su favor, en la medida en que el acontecimiento sellaba la suerte de la joven; trató de desentenderse y seguir adelante con su vida como si nada hubiera pasado... pero era cierto lo que había sospechado: no pudo concentrarse más en las novelas que debía leer. Los únicos que no notaron nada fueron Sir Horace y Willie, y eso porque en cierto modo ellos dos lo habían notado antes, al confundírseles Barbie con Lady Harriet.

Las ceremonias de bienvenida se completaron con toda clase de paseos. Por suerte la señorita Cuatrecasas no había descuidado la equitación de

sus internas. Barbie era una elegante amazona, y ni siquiera a lomo de elefante perdía la calma. En grupos más o menos numerosos fueron a ver las plantaciones, los templos, las montañas, las junglas, los arrozales selenitas de Islamabad, los valles de mangostas, las ruinas. Por supuesto, fueron varias veces a Chandernaghor, capital departamental por ese entonces, y almorzaron en casa de casi todos los vecinos representativos. Fue una semana de movimiento incesante, que la bella e impasible lady atravesó sin que se le moviera una pestaña. Era como una turista, que lo ponía todo en movimiento sin moverse ella. Se puso a enseñarle a leer y escribir a Willie, y sucedió algo que la sorprendió, aunque no mucho: no había terminado de ponerse a la tarea cuando el niño ya había aprendido. Barbie llegó a la conclusión de que estaba maduro, y ella sólo había acudido a la cita. Una tarde de monzón y bombardeo de malvas (por eso no habían salido), cuando se cumplía una semana justa de su llegada al Punjab, la tertulia de siempre estaba reunida en el salón de Windson Manor, y ella hizo traer al niño. Anunció que les haría una demostración de lectura. ¿Ha aprendido ya? dijo la condesa de Pringle. ¡Sería un milagro! Los milagros también suceden, dijo Sonda. Pusieron al niño con un libro cualquiera sacado de la biblioteca, y leyó con vocecita cantarina una página entera (que hubo que aguantar: tardó media hora). Los aplausos y felicitaciones fueron interminables. Sir Horace lo besó en la frente. Los elogios a las facultades pedagógicas de Barbie menudearon. Hitarroney se inclinó hacia Fejfec, que tenía al lado, y le dijo: Es obvio que el chico había aprendido solo y no lo sabía; le bastó

descubrir que su madre tenía repetición para saber que sabía. Y saber que sabía que sabía, replicó Fejfec, porque entre ellos no cedían un ápice en ingenio. Hitarroney era el único del grupo que no había presentado una novela al concurso, por lo que veía las cosas con algo más de distanciamiento. Fejfec y Beguel, que sí habían presentado sendas novelas, y estaban nerviosísimos por el resultado, se enamoraron perdidamente y sin esperanzas de la nueva señora de Windson Manor. Ellos también habían estado maduros, sin saberlo, gracias al concurso. Enamorarse sin esperanzas es paradójico, y muy hermoso. Es la forma más accesible de la felicidad. Y así como el pequeño Willie tendía "el puente de los sueños" entre su madre muerta y esta bella réplica, ellos lo tendían entre la gloria literaria (ser publicados por la editorial Punjab) y la máscara inmutable de Barbie; confundían una cosa con otra, y en cierto modo habían obtenido lo que querían.

Cuando el temporal amainó, salieron a la veranda a tomar el té. La hora retrocedía velozmente, como sucede siempre por las tardes cuando vuelve a salir el sol después de la lluvia. La gente cree que la noche es inminente, y de pronto ve que faltan horas. Hubo una dispersión. Sir Horace le propuso a Willie hacer un paseo en bicicleta, y le pidió a Gwaith que los acompañara. Barbie se hizo entoldar un elefante para dar una vuelta, y habría tenido harta compañía si en ese momento Pringle no les hubiera dicho a Sonda y al Coronel que quería hablarles, lo que hizo que los escritores presentes se quedaran, haciéndose los reumáticos, para ver si se decía algo de interés. Sólo Hitarroney la acompañó, y la condesa. Montaron

los tres a Jack, un elefante de regulares dimensiones manejado por un chico, y partieron. Fueron a un villorrio vecino que Barbie todavía no había conocido. Hitarroney (Louis) era un muchacho flaco, de pelo muy enrulado, bastante negro de cara, de anteojos. Era furiosamente expresivo, y lo sabía; había empezado a saberlo durante esos últimos días. Tenía junto a él, en la toldilla del elefante, a dos consumados ejemplares de la inexpresividad británica. Una de ellas, la condesa, se había dormido, efecto que le producía siempre el balanceo de los paquidermos. Ni siquiera en ese estado, notó el joven escritor, perdía la compostura. En cambio él... y Sonda... los nativos en general... La espalda desnuda del cornac era más expresiva que el rostro de las inglesas. Se sacudió de la cabeza esos pensamientos y se dispuso a vivir el momento. Encontraba un sublime privilegio poder gozar casi a solas de la conversación de Lady Barbie; y como muchos jóvenes, creía que las buenas oportunidades no se repiten nunca. Además, había notado que cada vez que quería gozar del momento, una especie de hechizo automático se lo impedía. Había dos personas con las que consideraba un privilegio conversar en tête-a-tête: Barbie, y Cedar Pringle. Mucho más con el segundo, con el que nunca había tenido la ocasión que ahora tenía con la primera; a él le habría querido expresar su inmensa admiración; aunque nunca se había puesto a pensar en detalle cómo lo haría. Pero también mucho más con Barbie, a la que en realidad no tenía nada que decirle. ¿Que la amaba? Absurdo. No sabía si la amaba en realidad. Comprendía que en este caso estaba haciendo las veces de representante de sus amigos Fejfec y Beguel. Un nim, dijo Barbie. Louis miró: en efecto, había un nim. Nunca les había prestado atención a esos árboles. ¿Por qué será que aun ahora estoy pensando en la literatura? se dijo. Y al mirar el perfil exquisito de su acompañante: ¿Acaso no podría amarla? ¿No la estoy amando ya? Perdóneme, señor Hitarroney... Call me Louis, le dijo él arrugando toda la cara para subirse los anteojos. Ella le dirigió una sonrisa angelical y siguió: ¿No le resulta impertinente si le pregunto por esa... camisa que está usando? Louis se sobresaltó. Lo que tenía puesto no era una camisa, sino una roñosa camiseta blanca toda estirada. Barbie precisó el sentido de la pregunta: Esa figura que tiene pintada... Ah, eso, exclamó con indisimulable alivio el ensayista; no está pintada sino estampada. Son tintas vegetales... empezó a explicar sin mucha convicción porque él de las únicas tintas que sabía algo era de las de imprenta. Por suerte Barbie lo interrumpió: Conozco el procedimiento. Me refería a ese tipo de figura, que he visto que algunos de sus amigos también usan. ¿La Diosa? preguntó Louis. ¡Pero es una decoración como cualquier otra! ¡No tiene ningún sentido especial! Es una de las cosas, dijo Barbie con cierto tonito soñador, que todavía no logro entender en este país: ¿no es una divinidad después de todo? ¿No la respetan? ¿No creen? Louis se puso en iluminista, en liberal: la creencia era una superstición abolida. Pero en algo hay que creer, susurró la inglesa, y él no supo qué responderle.

Contra todo lo que había esperado, ese paseo hizo historia para Hitarroney, fue una tarde inolvidable, y no tuvo motivos para dudar de que para ella

también lo había sido. Siempre en compañía de la condesa dormida atravesaron el villorrio, y él estuvo ingenioso, inteligente, lleno de frases, sintonizado, feliz. Terminó locamente enamorado (sin esperanzas) de la inglesa, que al despedirse le agradeció el momento incomparable e instructivo que le había hecho pasar. Las cotas intelectuales más altas el hindú verboso las alcanzó en la aldea. Ella se mostró curiosa e interesada en la vida de los nativos pobres, que por allí eran pobrísimos, de no creer de tan desnudos y abandonados. Lo más notable de la miseria, le decía Louis, era pensar que estaban reproduciendo en otra clave la vida de la gente normal. ¿Por ejemplo? Por ejemplo lo que nosotros llamamos locura, ese fenómeno tan desagradable. Si alguien en una familia corriente se vuelve loco, hay causas que explican su tránsito. Esas mismas causas están operando entre los miserables, pero a diferencia de lo que sucede entre gente civilizada, actúan a plena luz, y todo el tiempo, en una especie de horror permanente que también es la vida. Eso hacía que el contacto de dos civilizaciones, aunque se hiciera sobre un plano compartido de cultura (como en Windson Manor) no se diera sin repliegues intrigantes. Como usted habrá empezado a notar, Lady Barbie. Ella no respondió nada, y ni siquiera pareció pensativa. Lejos de desanimarlo este silencio, a Louis le dio alas. Encontraba sumamente estimulante la escena, que era una especie de nuevo paseo del Buda entre las miserias del mundo, esta vez el paseo a lomo de elefante de una enigmática (eso creía él) joven inglesa. El ejemplo de la locura lo llevó lejos, siempre imitando el peculiar estilo de los ensayos de Cedar Pringle.

Esos nativos pobres que estaban viendo, decía, ¿no eran distintos? Existía la posibilidad de que ellos vivieran la locura, en general, de un modo social. Lo que produciría horror entre la gente civilizada, por ejemplo la emergencia de una súbita locura de amor, entre los miserables podía ser lo más común porque no necesitaba emerger: ya estaba en la superficie. Una pequeña torsión del ejemplo daba paso a la cuestión de los gestos, de la expresividad en general: en los ingleses la expresión debía abrirse paso desde la subjetividad hasta el cuerpo, mientras que en los nativos ya estaba en el cuerpo, y debía hacer el camino inverso, lo que no era tan sencillo. Ahí, y sólo ahí (no en el estampado de las camisetas) se daba el fenómeno de la creencia. Y la Diosa misma, con esa proliferación de brazos, ¿qué hacía sino desplegar todos los gestos a la vez, en una simultaneidad desesperada, un baile de San Vito de darse a entender a cualquier costo?

Al día siguiente los Pringle dieron un gran almuerzo de bienvenida a Barbie en su mansión, que dominaba un fantástico panorama de montañas, y por la tarde los miembros del grupo Calcutti hicieron lo propio, en escala mucho más modesta, con una función de títeres para adultos en la sala de Windson Manor. Fueron dos hechos de gran relieve (ocupan un capítulo cada uno) llenos de apartes, conversaciones, contrastes, sobre todo entre la envarada etiqueta de lo de la condesa y la loca agitación de los muñequitos en manos de los intelectuales nerviosos. Son dos capítulos largos y ricos, pero no puedo contarlos aquí. Y ahora que me detengo a pensarlo advierto, no sin un temblor, que me precipito a un nuevo fracaso,

casi como a una fatalidad. Pues las extensiones podrían hacerse infinitas, si realmente me propusiera transmitir todo lo que hay en esta novela, y no veo cómo podría llegar a transmitir la idea sin la novela, ahora que tomé ese camino. Me alargo, me alargo, y mi volante se está volviendo un volumen: quien sabe si así va a poder alzar vuelo. Y si yo les describiera el método con el que estoy escribiendo, creo que tendrían motivo para sentir un escalofrío. No porque busque conmiseración (al fin de cuentas, yo me lo busqué) sino para darle su valor histórico, de parto, a estas páginas, espero que perfectamente legibles, que ustedes tienen entre manos. Ya que estoy, no me cuesta nada explicarlo. Estoy usando el método llamado, a la inglesa, de "stencil", "extensil" dirán ustedes, para imprimir luego con un mimeógrafo. Hoy día los volantes se hacen con el sistema de fotoduplicación, estuve averiguando al respecto, pero me salía bastante caro. Y además, lo mismo que para hacerlo en simples fotocopias (más caro todavía, aunque con la ventaja de que podría hacerlas a medida que fuera repartiéndolas), era necesario hacer un original dactilografiado, y sucede que no tengo máquina de escribir. Pero tengo una tía maestra, y ella tiene un mimeógrafo, que me enseñará a usar. De ese modo puedo hacerlo todo yo, sin depender de nadie. El original que se usa en el mimeógrafo es el stencil; éste es una hoja de papel de seda muy fino al tacto, translúcido, que viene pegado por el borde superior a una hoja de papel común. Sobre el stencil se escribe a máquina, pero sin cinta, de modo que los tipos hagan una incisión, por la que a su debido tiempo pasará la tinta. Ahora, como yo no tengo máquina de escribir,

hago esas incisiones a mano, con un alfiler, imitando lo mejor que puedo la tipografía de un impreso. El engorro incalculable que esto representa, los calambres en los dedos de sostener algo tan minúsculo y huidizo como un alfiler, la tensión a la que me obliga mantener la línea de los renglones, evitar que se arrugue esta seda impalpable o que se empaste con el sudor de la mano, excede mi capacidad de descripción. Al principio tardaba veinte minutos en trazar una palabra de cinco letras; a esta altura me he puesto más práctica. Una ventaja que tiene el método sobre la convencional máquina de escribir es que con él se puede dibujar tan bien como escribir; es cierto que es una ventaja que no uso, pero basta con la posibilidad. Por ejemplo las escenas de esta novela, que veo todo el tiempo con el ojo de la mente, podría dibujarlas, si supiera hacerlo; podría contar toda la novela en forma de historieta, y sería mucho más rápido. No lo hago, de acuerdo, pero la imagen me acompaña, en la mente y en la punta de la aguja que va rayando el stencil, y la imagen es mi velocidad. En resumen (y ya estará viendo, querido vecino, que tengo motivos para resumir) si me alargo es a mis expensas. La página que a usted le lleva unos segundos leer, a mí me llevó una tarde entera, de un esfuerzo literalmente alucinante, escribir. Lo hago por la mañana en la pizzería San José, de Rivera Indarte y Rivadavia, y por la tarde en el Punper Nic de Rivadavia entre Bonorino y Membrillar, de lunes a lunes. Si frecuenta alguno de los dos sitios, haga memoria y me recordará; de hecho estas páginas serán la respuesta al enigma que a usted le planteó la presencia infalible de "la de la aguja".

Pero volviendo a lo mío: las dificultades del método serían lo de menos, si estuviera segura de hallarme en el buen camino. En tal caso, todo estaría en seguir adelante, hasta terminar. Y me temo, como ya adelanté, que el camino que vengo siguiendo en este definitivo e indirecto intento de explicarme, no es el bueno. ¿Por qué? Porque estoy entresacando, de la materia innmumerable de esta novela maravillosa, sólo lo que confluirá en el punto al que quiero llegar. ¿Y quién me asegura que estoy eligiendo bien? Por lo pronto, en mi comprensible apuro estoy omitiendo toda la atmósfera. La atmósfera es más que importante: es fundamental. Debo tener en cuenta algo que dice Sonda en una de las deliberaciones informales del jurado: "No me importan los detalles, sólo las atmósferas". Y además, la reducción afecta a la estructura misma de la novela, la desequilibra. El ritmo, las extensiones relativas, son tan importantes para la trama como los hechos contados, o más. La comprensión se ve afectada, de un tiro al corazón. Como con lamentarme no resuelvo nada, he planeado sendas soluciones. Para el primer problema, el de la atmósfera, una solución que puede parecer algo bárbara: acumular toda la atmósfera en un par de páginas, dedicadas exclusivamente a ella y redactadas lo mejor que pueda. Después, seguir con la acción. A mí misma me pareció ridículo, pero no tanto cuando lo pensé bien. Porque el lector, en el recuerdo, una vez que haya terminado todo, podrá redistribuirlo aquí y allá a lo largo del argumento, donde convenga. Su memoria imaginativa lo hará mucho mejor de lo que podría hacerlo yo; lo hará a la perfección, infalible como un sonámbulo. (Pero no sé por qué

dije "redistribuir", si no estará distribuida, sino acumulada; debí decir "distribuir".) Para el segundo problema, el de las extensiones y los ritmos, la solución es menos fácil. Trataré de hacer lo siguiente: tomar, como venía haciendo, sólo los fragmentos pertinentes, pero no seguir presentándolos como partes extractadas de una novela, sino hacer con ellos un cuento completo. Es decir, no como una historia que va desarrollándose lenta y majestuosamente ante nuestra vista y paciencia, sino como algo que pasó, con un final que yo ya conozco y al que me apresuro a llegar con la máxima economía. Tomada la decisión, tal será mi plan de aquí en más: primero la atmósfera, para liquidar una deuda que me he creado con mi precipitación y torpeza; y a continuación un brevísimo cuento, como un relámpago, hacia la fulgurante moraleja del gesto apropiado; podré ir tanto más rápido cuanto ya he dado, con toda mi falta de oficio, bastantes datos. Pues bien, empiezo por la atmósfera. ¿Pero por dónde se empieza con una atmósfera, que es justamente lo que no tiene principio ni fin? Por cualquier lado y por todos. Por el medio. Por la mitad del medio. Por el aire. Por lo que hace aire. Por el verde, que es el color de la alucinación, el verde irreal, el verde fosforescente de los ramos que se alimentan de luz.

El verde de los trópicos, coronado de humedad, el gran almohadón de las lluvias. Suena una música, hindú por supuesto, y los árboles empiezan a mecerse. Salvo que aquí no son árboles sino un jaulón de guirnaldas verdes por donde entra y sale la gente. Por una jungla se va a la otra. Bajo la mullida alfombra de musgos hacen bulto las cabezas deformes de las higueras. Al contacto de

los dedos súbitos del chaparrón se abren florcitas rojas, azules, amarillas. Una botánica in situ, sin herbarios. Biombos blandos pinchados en la moquette vaporosa. El paisajista musulmán y el demonio expresionista. Imposible llevarse un recuerdo de estos paseos, ni siquiera mediante la palabra "verde", porque el verde siempre será verde, rojo, violeta, amarillo... El verde se propone que dejen de verlo por la fuerza del hábito, unos segundos apenas después de la lluvia. ¡Pero la lluvia no terminó! Entonces el verde vuelve como alucinación, y la palabra "verde" se escabulle entre las notas de la música hindú, que es roja, plateada, azul oscuro. La línea que divide en dos la música se mece, ondula como la cobra encantada, llama a la lluvia.

Los colores son parte del aire. El exótico subcontinente llamado "India". Hay un aire transparente en el que se posa la lluvia. La meteorología sólo tiene nombres, sin articulación predicativa. El que más se hace notar es el de la lluvia, sobre todo cuando se repite. ¡Otra vez! ¿Pero entonces...? ¡Volvió a hacer buen tiempo! Los hindúes se distraen viviendo; cuando llueve también, pero sólo mientras dura la lluvia, que ya pasó. Abrió todas las rejas del jaulón de guirnaldas y se fue a otra jungla, montada en un mosquito con alas de murciélago.

A eso se reduce la realidad del clima. Gotas transparentes colgando de las orejas de las orquídeas. Haces de árboles, ramos cabeza abajo, y un elefante plano y horizontal que atraviesa un estanque. El reflejo ya pasó. Una anécdota. A eso se reduce la realidad de una atmósfera: ejemplos y anécdotas que no parezcan elegidos por nadie.

El elefante extiende la trompa para separar, con la mayor delicadeza, a dos señoras punjabíes, flaquísimas y descalzas, que están conversando. *Tenía* que pasar por ahí, entre ellas dos, aunque disponía de todo el ancho de la India para hacerlo. En fin... Sin saberlo ha hecho una buena acción, pacificadora, porque las dos mujeres estaban discutiendo y a punto de irse a las manos. Por un hombre, de más está decirlo. Salvo que en la India las mujeres se pelean por renunciar al hombre, porque se lo lleve la otra. Es al revés, pero sería difícil deducirlo por las apariencias, como suele pasar con las inversiones bien hechas. Las mujeres se insultan y escupen, lo mismo que hacen las mujeres de todo el mundo, por un hombre.

Encima del elefante, toda en moños, frunces y puntillas blancas, una bellísima joven inglesa, tan impasible que se la diría una gran muñeca de plástico. Junto a ella una matrona dormida, la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta, roncando con estruendo en el silencio sobrenatural puntuado por el tintineo de las ajorcas. Frente a ellas un joven indio que gesticula y arruga todo el tiempo la cara para acomodarse los anteojos. Se le resbalan hacia la punta de la nariz por causa del sudor, irreprimible en este clima húmedo (el almohadón de las lluvias).

Así es como suceden las escenas. Grita el mono: la aurora. Grita el mono: el crepúsculo. Al punto el cielo rosa se llena de rezos jainitas. El canto del amanecer está envuelto en crujiente papel blanco. En el subcontinente hay mesetas enteras de piedra acuarelable. Se erizan las plumas de las nubes, suena el trueno en todas las pagodas ocultas en la selva, y ya llovió. Arcoiris, la cacatúa se hamaca,

empieza el ronroneo; si se superponen dos transparencias, a veces no se ve nada (una inversión bien hecha). Por la alternancia pasa el elefante, de la India a la novela.

El interior del país está lleno de elefantes. Como son algo más pequeños que los de verdad, todos ellos podrían pasar por el ojo de una aguja: enhebrarse. Podrían hacerlo de día o de noche, o de día y de noche a la vez.

La noche india es torneada, de aumento, hueca y tiene cola. Es banal, y nadie lo sabe. La luna ansiosa y gesticulante abre sus grandes ojos negros: todos sueñan. Brinca el elefante. La luna atraviesa la escena de un lado a otro, pero mientras tanto la escena atraviesa otra escena de un lado a otro. Los bordes de las escenas son ajorcas con resonancias de metal delgado. Así transcurre la realidad, que es pura atmósfera, sin detalles.

Aquí no hay miniaturas exquisitas. En la India todo es grande, aceitado, sedoso, chillón, vulgar. La noche es un tul de nylon tras el cual dos bayaderas procaces se contonean de prisa. El país ya está todo enhebrado por una raza de perros salchicha. Farolitos dorados. Lo exterior se traduce a interior, pasa perfectamente como en una inversión bien hecha. En una mesa en el rincón, virtuosamente disimulado en las sombras de ese restaurant sospechoso, el Coronel Mapplewhite le hace la corte a una bailarina. Marjales y gaviales naïf pintados en las paredes. ¿Harás realidad todas mis fantasías eróticas de inglés?

Papeles pintados, acuarelas de raro gusto, en el boudoir de Sonda. Almohaditas forradas en seda violeta, un velador rosa. Exteriores, interiores, y la noche selvática. La carota de piedra en medio de

la jungla, grande como una fachada, se arruga toda como si fuera a pasar algo... pero el gesto no terminará con un "atchís" sino con un "om".

Los monos también enhebran. Su modo de gesticular es dibujar un número con la cola; cuando llegan al nueve vuelven a empezar. Hay monos diurnos y monos nocturnos, monos de la realidad y monos de la novela, monos de la atmósfera y monos del detalle.

Es increíble que el tigre tenga que hacer paréntesis para sortear un helecho. El tigre come cuervos. Todas las ranas de la India han sido amenazadas al menos una vez por la torsión torturada de la cobra. El cocodrilo está siempre saliendo del agua, sonámbulo. Todos los pájaros de la India cantan cuando el cocodrilo sale del agua. Se ha hecho de día. Se ha hecho de noche. En medio de la selva hay un templo abandonado, y en medio del templo hay una selva abandonada. En medio de la especie hay un animal abandonado y en medio del animal hay una especie abandonada. A la selva la cruzan los ríos, por donde viajan los cocodrilos y los peces hindúes, de aletas turquesa y fucsia, con grandes ojos aureolados de terciopelo negro; los peces son como cabezas hindúes, seccionadas por supuesto, o más bien como rostros, como máscaras cosidas por los bordes. Los ríos del Punjab son blancos. A lo lejos, las montañas cubiertas de nieve; sus alturas están en todas partes, más cerca o más lejos. Cuando se han acercado demasiado se apoderan del horizonte y lo enroscan. Por el agujerito que queda en el centro se ven extensos panoramas pensativos, llenos de caminos...

Creo, creo, creo, que me equivoqué otra vez ¡Otra! Ya estoy acostumbrada. Se me ha vuelto una segunda naturaleza. Tuve que hacerlo para descubrir que la atmósfera no puede acumularse. O mejor dicho, puede, pero es inútil, porque después, para funcionar como atmósfera en la novela, debe fraccionarse demasiado, en fragmentos demasiado pequeños, y la escritura continua jamás podría dar los múltiplos adecuados. Quise hacerlo de modo mecánico, como un rompecabezas, recopilando todas las frases de color local que recuerdo de la novela, y así no va. En fin, ya que estoy voy a terminarlo. Debo sacar fuerzas de flaqueza para seguir; muchas fuerzas, no sólo por la sospecha que me embarga sino porque intentar escribir atmósferas es muy difícil en sí. Mucho más difícil que todo lo demás. Me pregunto si la atmósfera, algo tan fundamental en la novela, no tendrá un correlato en la disposición de ánimo del escritor, tan fundamental para ponerse a escribir. Como no soy escritora, no puedo saberlo. Pero puedo imaginármelo, y ésa es la atmósfera que invade mi espíritu en este momento. Es como si otro escribiera por mí.

Estaba en las montañas. No olvidar las planicies, donde se cultiva el arroz. Y las inmensas plantaciones de té de Sir Horace Windson. En toda la India se trabaja mucho, aunque no lo parece. La gente persiste en plena reproducción; los indios y sus hijos coexisten superpuestos como la atmósfera y los detalles. Aquí y allá, sentado en un punto al azar, un yoguín de patas cruzadas. Les crece una barba por la que fluye la energía de la cara; la barba es su gesto. No parecen inteligentes, pero quizás lo sean (como en una inversión bien

hecha). Están sintonizados con la atmósfera por algo tan pequeño como el giro de los átomos. Entre ellos musitan palabras unas vacas blancas con codos, parecen llevarles mensajes. Donde hay un yoguín seguro que vive gente cerca; de los hindúes nunca puede decirse si son campesinos o no. Los ingleses no han llegado a ninguna conclusión. ¡Qué raro les parece el país! Sienten la atmósfera, pero muy de a pedacitos. Se empeñan rabiosamente en pasar el tiempo. Grandes campeonatos de polo musulmán los entretienen, o paradas militares que suceden como relámpagos. Nubarrones de polvo encierran leprosos y mendigos. Todos se reproducen; a falta de amor, tienen el sistema de las castas, que son como cristales curvos. Rojos son los rubíes que adornan las manos y la garganta de Sonda Hirastany, y vuelven rojo el mundo, sólo con que uno se decida a pasar de lo figurativo a lo abstracto, al mundo color, pura atmósfera. En fin, yo ya renuncié. Quién supiera escribir. Pero renunciar por lo general equivale a decidirse a iniciar por fin el trabajo, después de pasar por todo ese falso infinito de los fracasos. De modo que a partir de aquí contaré, en un par de páginas, al fin segura de mi camino, el cuento de los amantes, Cedar y Barbie, sin detenerme en nada, porque contaré justamente la historia de cómo llegar. Y ahora estoy segura de llegar a lo que debería haber alcanzado de entrada: la explicación (por qué conviene saber cómo expresarse), la explicación que en realidad no podría salir de mis pobres esfuerzos, de ninguno, ni siquiera el más extremado, porque está esperando allá al otro lado de todo el trabajo, y sólo se trata de llegar sin haber partido. He aquí el cuento:

La condesa Augusta Pringle y su hijo Cedar habían cometido uno de esos errores fenomenales de los que no se vuelve, al decidirse por la emigración a Oriente cuando las cosas se pusieron difíciles en Sussex. Podrían haberse ido a los Estados Unidos, pero prefirieron la India sólo porque en la herencia del difunto conde figuraba, entre todo lo demás, un criadero de gusanos de seda en el Punjab. También podrían haberse quedado en Inglaterra, pero eso ya era más opinable, con la persecución religiosa en curso. Irlandeses y católicos fanáticos, las perspectivas que se abrían para su credo bajo Gladstone eran tenebrosas. No atinaron a calcular que en la India sería mucho peor, por el conocido axioma según el cual las colonias son la caja de resonancia de las metrópolis. En la India, en efecto, se vieron más expuestos, más amenazados, mucho más necesitados de solidaridad para poder exportar sus productos. Que fueran millonarios no ayudaba; eran de la clase de gente a la que ser millonarios no los ayuda. Las expropiaciones de depósitos eran moneda corriente en la política colonial de aquel entonces. Cedar hizo un viaje a Europa en 1899 y transfirió el grueso del patrimonio de la familia a bonos de los ferrocarriles polacos, administrados por la banca Rotschild. Con eso quedaron a salvo de lo más obvio, pero el peligro no estaba en lo obvio. Hubo un flujo incesante de curas y misioneros de incógnito a la mansión colgada de las montañas, una serie enigmática de accidentes, y la convicción de que los gusanos ya no eran suficientes. Quiso la mala suerte que tuvieran por vecino a un rico e influyente plantador de té, Sir Horace Windson, anglicano hasta el tuétano, cabeza del partido intolerante. Madre e hijo le hicieron la corte durante un par de años, pero el individuo preparaba un golpe, para el que creyó madura la oportunidad con la llegada de su hija Barbie, que venía a reemplazar en la administración doméstica de Windson Manor a su madre recientemente fallecida. Esta había sido buena amiga de la Condesa y había actuado como elemento de contención de los malos instintos de Sir Horace. Por influencia de los Pringle, Lady Harriet Windson había aportado el capital necesario para la fundación de la Editorial Punjab, en la que había desplegado su actividad propagandística católica, siempre subliminal y ambigua, el joven Cedar Pringle, que en el proceso obtuvo, de carambola, una sólida fama de escritor. Lord Cedar podría haber capitalizado en su favor el prestigio que su estilo le había ganado entre los jóvenes intelectuales de la India, pero echó a perder las cosas su fanatismo recalcitrante, muy de irlandés.

Entre los festejos de bienvenida que se le hicieron a Lady Barbie durante la semana posterior a su llegada, hubo un almuerzo de gran aparato ofrecido por los Pringle en su domicilio montés. Sir Horace se presentó con un fotógrafo, que tomó un centenar de placas durante la reunión. Era la ocasión que el malévolo plantador había estado esperando. La fotografía social era un arte muy poco cultivado entonces en la India, y el desconocimiento de los procesos le hizo fácil al chassirette, un oficial del cuerpo de Lanceros de Nepal importado ad hoc, tomar una buena cantidad de fotos comprometedoras de altares, vírgenes, santos, siguiendo las instrucciones reservadas de su empleador. La condesa y su hijo vieron impotentes

cómo el enemigo se hacía bajo sus narices de pruebas incriminatorias de culto. Esas fotos en manos de Sir Horace significaban el fin de las esperanzas de los Pringle de permanecer en la India. Cedar tuvo que tomar la decisión, esa misma noche, de pasar a la ofensiva. Era un hombre de indiscutible talento (en eso al menos no se equivocaban sus muchos admiradores nativos) pero hasta ahora no lo había usado más que en sus ensoñaciones teológicas, malinterpretadas como literarias, y en las sutilezas de la propaganda indirecta. Había llegado la hora de pasar a la acción, y en su caso eso significaba un salto al vacío. Se propuso robar las fotos esa misma tarde, durante una función de títeres que habría en Windson Manor. Confiaba en el poder de distracción que produciría ese género insólito, el guignol vanguardista para adultos. Sin mucha reflexión, ponía su confianza en su objeto preferido de desconfianza: el talento de esos aprendices de escritor que tanto lo admiraban. Daría el salto, iniciaría la acción, desde ellos.

¿Un salto al vacío o un salto a... la vida? La acción es vistosa, múltiple, colorida. No necesita explicaciones, porque ella misma es una explicación. Los Calcutti, que no sabían nada, sabían eso. Poblaron su loca opereta de muñecos con episodios inverosímiles y desfachatados, todos ellos tomados de las veneradas novelitas de Lord Pringle, pusieron en escena personajes que eran los mismos espectadores, improvisaron, se desgañitaron, sudaron la gota gorda manipulando los títeres, prendiendo y soplando velitas, barajando telones pintados, frenéticos, felices, olvidados de su timidez. ¿Qué se habían propuesto expresar?

¿Su admiración por Lord Pringle? ¿Su amor a Lady Barbie? Ni ellos mismos lo sabían, ni lo supieron jamás. Pero al final, cuando se sacaron los títeres de las manos enrojecidas, tumefactas, y asomaron las cabezas atestando el rectángulo que había sido la escena, el más alegre aplauso los premió y se fueron a sus casas la mar de contentos.

Los elefantes correteaban en la noche rápidos como galgos, bajo la luna incrustada en un cielo azul oscuro, y las montañas negras a lo lejos. El retumbar de los cascos hacía temblar a los árboles y formaba ondas zigzagueantes en los estanques de agua oscura. La luna rebotaba como un balón. Sin disminuir la velocidad los elefantes levantaban la trompa y berreaban de terror. Grandes fogonazos estallaban sobre sus lomos... Porque sus jinetes estaban disparando: desde cuatro elefantes disparaban a uno que huía quinientos metros adelante. El fugitivo era más pequeño, de cuero inusualmente claro, con la toldilla de seda carmesí en forma de cebolla, toda cerrada salvo un tajo por el que asomaba el caño de una escopeta con la que respondían al fuego. La persecución se prolongó largo rato, con la luna siempre al fondo y las siluetas tenebrosas de las montañas bailoteando abajo. Ahora cruzaban los arrozales selenitas de Islamabad, planicies de agua que plateaba la luna. Luego corrían por los oteros de un río, y la distancia entre Mambo (así se llamaba el elefante pequeño) y los cazadores se acortaba... Pero en un sitio estrecho de arenas entre el río y una barranca el cornac detuvo a Mambo con una pirueta en seco, y una figura esbelta echó pie a tierra de un salto antes de que terminara de inmovilizarse. Era

Cedar, quien con ayuda del cornac en escasos segundos apiló varios cocodrilos dormidos formando una valla. Hecho lo cual volvieron a montar y se alejaron al galope; la escopeta volvió a asomar entre la seda y disparó quince veces al hilo a modo de maniobra de distracción. Dio resultado, porque a los cuatro elefantes que venían atrás no atinaron a frenarlos a tiempo y hubo una rodada general sobre los cocodrilos, que se despertaron y empezaron a dar dentelladas. Sir Horace y sus amigos, magullados y jurando como ateos, tuvieron tanto que preocuparse por sustraer brazos y piernas de los tijeretazos de los saurios, que no pudieron sino dar por perdida a su presa. Por el momento. Pues les quedaba la condesa como rehén, encerrada bajo llave en una habitación de Windson Manor. Y sabían que su hijo no la abandonaría. Más aun, la pusieron en manos de un santón local que le dio tés drogados para hacerla hablar. Antes del amanecer la condesa había balbuceado algunos datos importantes, pero nada que les diera una pista del paradero de Lady Barbie, secuestrada esa tarde a la puesta del sol. Las fotos también habían desaparecido. El dueño de casa no se acostó, pues estaba seguro de que el audaz conde de Pringle daría un golpe de mano en cualquier momento. Aunque había conseguido de urgencia el auxilio de cinco lanceros de Nepal y había reclutado una decena de tiradores expertos, a todos los cuales ubicó estratégicamente en la casa y el parque, el cuarto- calabozo de la condesa lo dejó bajo la exclusiva vigilancia del santón, al que le dirigió este discursillo conminatorio: Mi querido Hoombasbaswami, le sugiero que no le dé más té a esta señora, porque la veo a un tris de

ponerse a cantar Aída; después hablaremos sobre la eficacia de sus polvos de la verdad; lo que le digo por el momento es que si a la salida del sol ella no está en esta habitación, a usted le haré arrancar los testículos uno a uno, y si eso no basta le haré comer la barba. El swami quedó paralizado, y un rato después, cuando la condesa efectivamente se puso a canturrear, su corazón se congeló.

Fue una noche agitadísima para varios, entre ellos Sonda Hirastany, quien, sin que nadie lo sospechara, era la que en realidad se había apoderado de las fotos. Mambo era de ella, por otra parte; su elefantito pet, rápido como una liebre. A la medianoche había sentado su cuartel en casa de una amiga, Manaanda Beguel, la madre del escritor. Movilizó a toda la servidumbre para localizar a Pringle, a quien se proponía venderle las fotos. Era una mujer de muchos recursos, muchos más de los que tenía su amante inglés, que en juegos de guerra actuaba como un verdadero rinoceronte: frontal, sin sutilezas. Confiaba en localizar al fugitivo, o más bien en que él la localizara; después de todo, ella lo había ayudado a huir, y tenía lo que él quería. Mientras esperaba, se quedó en la sala conversando con Manaanda. Era ésta una riquísima viuda de familia thug, delgada, envejecida, tradicionalista. Las dos estaban de saris de seda, enjoyadas y fumando como murciélagos.

Sonda le había hecho una relación parcial de los hechos, incluido el préstamo de su elefante favorito. Querida, le dijo Manaanda, nunca he entendido tu entusiasmo por ese animal. Mambo, le dijo Sonda, es un elefante enano, te lo he dicho mil veces. ¡Pero eso qué tiene que ver! exclamó la

otra, ¡es un poco más chico, ni siquiera mucho, y nada más! ¡Es sólo tamaño! No, le explicó Sonda por quincuagésima vez, no es sólo tamaño. Lo enano no es sólo tamaño. Incluso un día se podría lograr, con las cruzas adecuadas, una raza de elefantes en miniatura, mucho menores que mi Mambo, pero no enanos. Lo enano es otra cosa: fundamentalmente, significa que no se le cierra la mollera y se le saltan los ojos. Su amiga lo pensó un momento; creyó ver en la pantalla de la imaginación la figura contrahecha de la bestia. La resignación de Sonda al explicárselo estaba justificada, pues Manaanda volvería a olvidarlo la próxima vez que surgiera Mambo en la conversación. Eso se debía a que no admitía que el entusiasmo por algo durara mucho tiempo; por ejemplo la constancia de Sonda con Sir Horace, o con el hombre en general. Sobre todo cuando estaba siempre traicionándolo, como ahora; aunque eran modos complicados y ambiguos de traición. Lo que mataba su memoria, por lo demás buena, era la alternancia de Sonda, y de toda la coterie de los Windson, entre lo más serio que podía haber (para una mujer: un hombre) y lo más frívolo que se les podía ocurrir (un elefante enano). La sala tenía las ventanas abiertas a la noche clara, y era visible la luna sobre Lahore dormida. La luz tenue del interior resaltaba el rosa pálido de las carnes hinchadas como un globo de Sonda, su maquillaje excesivo, sus enormes rubíes. Manaanda era de piel más oscura. Los mosquitos no se acercaban a una ni a la otra. Ellas no notaban siquiera la presencia de las mariposItas secas que iban y venían.

Detrás de una puerta, una figura delgada se escabullía con pasos de gato. La conversación de las damas había sido oída por alguien muy interesado, Daniel Beguel. Vestido apenas con unos pantalones cortos y un calicó drapeado sobre el pecho flaco, con las sandalias de yute en la mano, el joven escritor salía minutos después a la calle por una puerta trasera del palacio, acompañado por su fiel perro Sinán. Cien metros más allá se detuvo a calzarse. Lahore estaba de veras dormida. Las siluetas negras se desplazaban en las calles sólo iluminadas por la luna, y en el cerebro de Beguel sólo iluminadas por su amor a la literatura. A partir de las confidencias de la gorda, y de lo que ya sabía, se había hecho una idea de la situación. Como sucede con los jóvenes cuando la fiebre de la acción los toca, salió en busca de sus amigos; y como sucede también con los jóvenes en ese trance, llegó por anticipado al fin de todas las discusiones que tendría con sus amigos. Sabía lo que dirían porque era lo que decía él mismo; todos ellos se habían entregado a la literatura en cuerpo y alma, sin dejar nada afuera; así era fácil anticipar argumentos. Beguel se deslizaba por la ciudad dormida, su figura descoyuntada de adolescente tardío siempre a punto de quebrarse, y el perro que lo imitaba, y en sus soliloquios precipitados tomaba como interlocutor a Louis, no sólo por amistad (eran inseparables) sino porque de toda la banda Louis era la encarnación misma de lo literario. Le adjudicaba, en favor de la argumentación, una prudencia de la que él se apartaba a cada paso. Pasar a la acción, podía decir Louis, era irrevocable, irreversible, sin regreso, para un

escritor, podía ser el fin de las tertulias en lo de Sir Horace, el fin de muchos proyectos y esperanzas... De acuerdo, pero valía la pena jugarse. Valía la pena jugarse, porque sí, por la aventura, por lo nuevo... Y si eso significaba el fin de la literatura, bueno, lo siento pero no nos echaremos atrás. El amor es más. Ahora, ¿el amor por quién? Por... ¡Ah, sí, cierto, por Barbie! (es decir, por la literatura). Después de todo, no puede ser sino el fin de una idea de la literatura... Quedan las otras. ¿Pero de qué habían hablado su madre y la gorda, cuando se dejaron de dar datos interesantes y parlotearon porque sí, por inercia? De una alternancia entre lo serio y lo frívolo. Quizás también fuera el fin de la vida, o al menos de un estilo de vida, con todas las ideas de la literatura juntas... ¡Pero igual se jugaban! Sin motivo, sin pensarlo más. Se jugaban porque la vida no era tan importante después de todo, al menos frente a la aventura, que era la ficción de la vida... Y Louis Hitarroney le daba la razón, en su fantasía, ¿cómo no se la iba a dar? y en ese momento tropezó con Sinán porque había llegado a la casa de Louis y el perrito frenaba por hábito. Subió la escalera del desvencijado inquilinato donde su amigo alquilaba una pieza (sus padres eran ricos joyeros, pero él hacía vida independiente). Se puso a golpearle la puerta, y le dio no poco trabajo despertarlo. Louis estaba no sólo dormido sino soñando; en su maravillosa generosidad de joven estudioso de la literatura, soñaba que, precisamente, su sueño dorado se realizaba: Cedar Pringle era reconocido en Europa como un gran escritor, grande entre los grandes, a la altura de un Henry James, un Flaubert, un Laforgue. Se veía en un congreso en París,

como él se imaginaba un congreso en París, al que asistían todos los críticos literarios del mundo civilizado para legalizar la entrada de Pringle a la restringida nómina de los genios de primera magnitud, y su deseo se hacía realidad, las grandes luminarias de la crítica se pronunciaban con elaborados elogios del talento de Pringle... Pero no, no eran elaborados, eran simples, simplísimos, para más efecto: Pringle es grande, es el mejor, es *superior* a Henry James. Tanto que él mismo se asombraba, él que estaba como espectador en la última fila: ¿pero tan grande es, tan genial? ¡Ni yo mismo me lo suponía, yo que me he pasado años elogiándolo solo, clamando en el desierto! Y de pronto, con una conversión que tenía un matiz de angustia, como es tan frecuente en los sueños, empezaba a sentir que los elogios sonaban a falso, a "qué más da", a "es sólo literatura", eran puras palabras, y entonces tenía que intervenir para poner un acento de seriedad que sabía de antemano que los otros no aceptarían en el fondo de sus corazones, y la angustia crecía mientras tartamudeaba sus argumentos golpeando el pupitre con el puño, toc, toc... Se despertó bañado en sudor y fue a abrir la puerta. Se pusieron de acuerdo en cuatro frases y bajaron la escalera hablando como demonios. Porque sí, por la aventura, por lo nuevo... Es sólo una idea de la literatura... ¡La vida no es tan importante! Cedar Pringle había huido en Mambo, con Lady Barbie... El camisón de Kali... Iban a buscar a Fejfec, no necesitaban a nadie más, y de ahí al sindicato de cornacs, por ellos no había que preocuparse, velaban toda la noche... Ahora eran dos sombras, y la del perro, atravesando las calles oscuras. Minutos

después eran tres; a Fejfec no habían tenido que despertarlo porque estaba leyendo. Y si hubiera estado soñando, habría sido con ganarse el premio Punjab, con seguridad, aunque quizás bajo la forma de estar haciendo el amor con Lady Barbie, tanto se le habían confundido las dos cosas bajo la calva prematura.

Un gran festival de estrellas se había fijado en el cielo azul oscuro. Pensándolo bien, era una buena noche para la intervención del Enmascarado; la ocasión ideal en realidad, tanto que se diría que sus actuaciones previas, todas nocturnas, fulgurantes y eficacísimas, no habían sido más que el prólogo para su desembarco en medio de este enredo, con su maillot negro, su capa de seda negra, su antifaz y su fiel ayudante Canuto (un mono con antifaz). Más que eso: si no aparecía esta noche, era como para dejar de creer en él. Lo que sí, tendría que empezar por explicarse lo que pasaba. Su información, como la de todos los justicieros enmascarados, siempre era buena, pero en este caso parecía necesitarse algo más que buena información. ¿Por qué habían secuestrado a Lady Barbie? ¿Quién lo había hecho? ¿Cómo era posible que un contemplativo, un estilista de invernadero como Cedar Pringle se hubiera lanzado a la acción? ¿Qué se proponía Sonda Hirastany? ¿Se suspendería el partido de polo inter-credos por la mañana? ¿Qué pasaría en ese caso con el camisón de Kali que el Enmascarado había prometido como trofeo al equipo ganador? ¿Cuál era la identidad secreta del Enmascarado? Todas estas preguntas, y muchas más, se hacían los tres escritores sentados a una mesa del salón de té de la posada "La Grulla", punto de reunión de los

cornacs de Lahore. Estaban esperando a Lomy Cantón, el presidente del sindicato, que según sus acólitos regresaría en minutos de un transporte que le había llevado todo el día. Tomaron té para despabilarse y vieron el show de trasnoche, a cargo de una bonita y popular bailarina folklórica llamada Lekha. La vieron ondular prolongadamente en el tablado del fondo, a la luz de unos hachones estratégicamente dispuestos; un trío de cítara, tamboril y contrabajo punjabí ponía el ritmo, de medidas ultrabreves, tanto que Lekha parecía bailar según músicas mentales. Algo de eso había en realidad, como lo demostraban las miradas de los espectadores. Lekha era una típica belleza nativa: baja, delgada, cabellera aceitada color azabache, cejas negras, nariz ganchuda, ojos enormes, expresión atormentada y esta noche también abstraída. Era inmensamente popular en Lahore y en toda la provincia. Envidiosas, las burguesas, que nunca la habían visto bailar, la llamaban "la favorita de los cornacs", y lo era, por cierto, pero también tenía simpatizantes, y casi adoradores, en todos los gremios. Se decía que practicaba una activa beneficencia, y además estaba nimbada de cierto misterio por sus relaciones, que nunca habían sido probadas, con el Enmascarado. La gente amiga de la intriga la llamaba "la novia del Enmascarado", y los dueños de "La Grulla" aprovechaban esta fama para atraer público al local.

Terminado su número, mientras duraban los aplausos de los cornacs trasnochados, Lekha se desprendió del telón dorado contra el que había bailado y bajó al salón contoneándose y haciendo susurrar el grueso plumetí de seda que transpa-

rentaba a medias sus formas voluptuosas. Fue, simulando un abandono casual que no engañaba a nadie, a la mesa ocupada por los jóvenes Calcutti. Les preguntó el motivo de que buscaran a Lomy. ¿Cómo se había enterado de que lo buscaban, si cuando llegaron ya estaba bailando? Debía de tener antenas muy finas. Como ellos eran incapaces de ocultar nada, terminaron contándole todo. Después hablaron del tema que ocupaba a todo Lahore desde hacía semanas: el partido de polo que tendría lugar al día siguiente. Se decía que la organización del evento, que pondría un fin simbólico a las rencillas religiosas de fondo racial que desgarraban el Punjab, había sido manejada entre bambalinas por el Enmascarado. Lekha no quiso negarlo ni confirmarlo. Pero algo de verdad debía de haber, si era el mismo Enmascarado el que se había comprometido a entregar el trofeo, que le daría todo su valor simbólico ya que era nada menos que el mítico camisón de Kali, desaparecido un siglo atrás cuando la guerra anglo-francesa. La interrogaron con el mayor interés: ¿lo tenía él, en serio? ¿De dónde lo había sacado? Lekha respondió, soñadora y contundente, que ese hombre maravilloso lo podía todo, o casi todo. Si él lo había prometido, lo entregaría, y basta. Más importante le parecía otro detalle: la de mañana sería la primera aparición en público del Enmascarado de día, si realmente se presentaba a entregar el camisón al término del partido, que se iniciaría al amanecer. Y ella no dudaba de que se presentaría, a despecho de todas las medidas que tomaran los ingleses para atraparlo. Pero el Enmascarado, a la luz del día (y había que tomar en cuenta que su fiel Canuto era un mono noc-

turno) era un anacronismo. Eso significaba sólo una cosa: que sería su última actuación, su despedida. Lo que coincidía perfectamente con el fin de la disputa de credos que había sido su razón de ser. Entonces, ¿mañana revelará su identidad secreta? dijo Hitarroney. No, Lekha no lo creía así. Tenía demasiadas cuentas pendientes con la policía colonial, después de años de ayudar a los desvalidos; más bien creía que su identidad secreta se reabsorbería en el misterio.

Volvieron al tema que los había traído a "La Grulla". Lekha se expresó sardónicamente sobre los problemas de Pringle. ¿Lo conoce? le preguntaron asombrados, sin recordar que las pocas veces que Pringle había accedido a darles un reportaje para sus revistitas, los había citado en "La Grulla", que por las tardes era muy tranquila. Sí, dijo ella con desdén, suele venir por aquí. No simpatizaba con él: lo encontraba altivo, indiferente a los problemas del pueblo, afeminado, tan distinto de su héroe el Enmascarado. Un pez de aguas frías, en una palabra. No le interesaba lo que pudiera haber pasado con él: suponía que estaría escondido en algún agujero. ¡Pero había desaparecido la bella Lady Barbie...! Qué imprudentes, mencionarla frente a Lekha; la vieron levantar la cabeza con infinito desprecio: ¡una inglesa! ¿A quién podían importarle sus tontas vicisitudes en un país que luchaba por su independencia?

Los Calcutti no insistieron; esperaban más receptividad de Lomy Cantón. Si habían decidido recurrir a él, era porque el Sindicato de cornacs era un reducto de thugs, y éstos eran imprescindibles en todo lo que fuera aventura. Pero

no sólo por eso. Los thugs habían sido tradicionalmente amigos de los católicos en la India, y los habían auxiliado y refugiado durante las persecuciones que habían sufrido a manos de los anglicanos. Eso se debía a la identificación entre Kali y la Virgen. El mito original de Kali contaba que un ogro había amenazado a la humanidad, y la había hecho obtjeto de toda clase de exacciones. No era un ogro invulnerable ni mucho menos; en realidad era bastante frágil, pero tenía en su favor una peculiaridad pavorosa: cada gota de sangre que cayera de su cuerpo daría nacimiento a un ogro igual a él, pero peor. Como los hombres de aquel entonces no disponían sino de armas cortantes, no tenían modo de destruirlo. Hasta que la diosa los instruyó con un cordón de seda bien apretado en el cuello (ella los proveyó del primero y original, una hebra de su camisón) se le podía cortar definitivamente la respiración. Dicho y hecho, no hubo más ogro, y los thugs manifestaron su agradecimiento y devoción usando sus cordoncillos para estrangular a sus víctimas hasta el día de hoy. (Aunque, para decir la verdad, más eficaz y con menos peligro aun de efusión de sangre, ni siquiera una hematoma, es la muerte por hambre, la más popular en el subcontinente.) Por un motivo u otro, equivocado o no, los thugs siempre identificaron a Kali y a la Virgen María como diosas de la muerte.

Mientras ellos esperaban, Pringle no había perdido el tiempo. Contra lo que suponía Lekha, no había corrido a esconderse, sino todo lo contrario. Una vez que hubo perdido a sus perseguidores, emprendió un sigiloso regreso por donde había venido. Hizo un alto en una hermita de la

jungla para recoger al gran Sudhán, un swami cuyos insólitos poderes le habían sido de utilidad en más de una ocasión. Sudhán actuaba por dinero, pero poca gente lo sabía (el eterno prejuicio ante la religión) y Pringle se había cuidado de que el dato no cundiera. En la hermita se encontró con los emisarios de Sonda; hicieron contacto gracias a que el cornac de Mambo era en realidad empleado de ella (se lo había prestado junto al elefante). Concertó una cita con la gorda para tres horas después en la ciudad sagrada de Kali, sitio desierto y abandonado que le pareció el más prudente. Despachó en esa dirección al cornac con Mambo, y él y Sudhán partieron en silenciosos caballitos atigrados a la boca del lobo: Windson Manor. Se acercaron a la mansión a plantío traviesa, y con sus muchas habilidades y un oportuno ocultamiento de la luna tras las nubes, no tuvieron dificultades en sortear sin ser notados los cercos concéntricos de vigilantes y llegar al edificio mismo sin desmontar. Lo hicieron allí, ataron los caballos a unas azaleas y comenzaron a circundar el edificio. Quiso la buena suerte que no necesitaran siquiera entrar; había una ventana iluminada en el primer piso, y de pronto se recortó en ella una figura conocida por ambos, la del infame Bombasbaswami, otro santón como Sudhán que vendía sus secretos místicos al mejor postor, pero que no les hacía ascos a los anglicanos. Pringle se hizo una composición instantánea de lugar: su madre tenía que estar en ese cuarto, a merced de las manipulaciones psíquicas del swami. Se volvió hacia Sudhán y le habló en un susurro: ¿Podía liberar a la condesa del influjo de su rival, y hacerla salir por telepatía? Sudhán, que

era un señor bajito, muy negro, de unos cincuenta años, frunció la boca pensativo. El "bombón de mostaza" (así lo llamaba a Bombasbaswami) es pan comido, dijo. Pero la dama puede dar problemas. Apelaremos a su instinto de conservación, dijo Pringle, que adoraba a su mamá y la creía capaz de las mayores hazañas. ¿Qué edad tiene? quiso saber Sudhán. ¡Qué le importa! bramó el inglés en voz baja. Tengo miedo de que su cerebro no resista. Resistirá, dijo el hijo con firmeza. Tengo que concentrarme. De acuerdo, mientras tanto voy a echar un vistazo. Lo dejó con los ojos cerrados y fue a la fachada lateral de la casa, desde donde podía ver por los ventanales de la sala. Sir Horace y su tío el Coronel estaban sentados en la sala bebiendo whisky y conversando. Cuando volvió, Sudhán estaba en trance y canturreando. La función iba a comenzar. Los poderes de esos sujetos eran increíbles. Encima de la cabeza del santón se formó por efecto del canto un globo violeta que desprendía una tenue fosforescencia en la oscuridad. El globo se agrandó y alargó a medida que subía, y cuando estuvo a la altura del primer piso ya había tomado la forma de un cocodrilo que empezó a girar hasta que con un violento coletazo rompió el vidrio de la ventana (por efecto del contacto realidad-ficción no hubo ruido). Se deshizo al instante; esas fantasmagorías eran descartables, servían sólo para una acción y nada más. Un segundo globo partió de prisa de la cabeza de Sudhán. Pero el otro ya estaba sobre aviso y contraatacó. Un escorpión amarillo se enfrentó a un deva de diez brazos, los dos flotando en el aire de la noche. Pringle tomó una piedra y se la arrojó a Bombasbaswami, que

estaba concentradísimo y asomado de medio cuerpo a la ventana. Le acertó en la frente y lo vio caer junto con la piedra que lo había golpeado. No era exactamente fair play, pero en la guerra todo vale. Sudhán cambió de inmediato la frecuencia de sus ondas mentales y las enfocó en la condesa.

En la sala mientras tanto Sir Horace le estaba explicando a su tío cuál era el mar de fondo de toda la cuestión, según él. Según él había que cavar mucho, porque las capas sucesivas de frivolidades eran innumerables. Que las novelitas (¡empezando por las novelitas!), que la religión, que las castas, que el polo, que el Enmascarado, que la política, que los puteríos de Sonda, que los de Gwaith, que la educación de Willie... Nonadas. Lo realmente importante era... Barbie, lo interrumpió el Coronel. Sir Horace se sobresaltó. ¡Cierto,Barbie! Se había olvidado de ella. Asintió, aunque por pura fórmula. Pero no, tampoco su hija era lo importante. Sí, Barbie también, dijo, pero hay algo que está antes. ¿Qué? preguntó el tío realmente intrigado, porque para él no había nada más importante que la familia. Sir Horace, reconcentrado en la obsesión, pareció hacerse más pequeño en el sillón. Cuando habló, su voz sonó lejana en el gran salón donde resonaba el eco de tantas conversaciones literarias. El imperio peligra, dijo. Hemos luchado tanto por tenerlo, ahora debemos cuidarlo. Las negociaciones con los maharajás están en la cuerda floja, un error más, un nuevo motivo de desconfianza, y todo el rompecabezas puede deshacerse. Nuestro activo principal es la exportación, y no podemos permitirnos la menor disminución. Y eso es lo que estamos enfrentando hoy: la ACGUS... El Coronel

había quedado boquiabierto; caía de las nubes. La ACGUS (Asociación de Criadores de Gusanos de Seda) era una venerable corporación casi centenaria, de la que recientemente había tomado el control el joven conde de Pringle. A despecho de la tradición por la que la presidía siempre un criador del sur (los últimos siete habían sido ceylaneses), en la última votación se había hecho ungir presidente con una plataforma agresiva de matices ocultistas. ¿Pero en qué podía afectar eso a los plantadores...? Sir Horace lo sacó de la ignorancia: Pringle, dijo, ha obtenido una variedad de gusanos que destruye la hoja de té, y la destruye a distancia, por la mera irradiación del esperma. De más está decirlo, está dispuesto a usarlos, quizás ya lo está haciendo. Y eso podría significar el fin del té. Aunque la última afirmación sonaba ominosamente explícita, el Coronel, quizás por efecto de sus metodismos de militar, seguía queriendo aclarar puntos: ¿Pero en qué puede afectar esa... guerra comercial, al Imperio y a nuestras negociaciones con los maharajás? Aun en el caso de que la seda suplante al té como primera exportación de esta colonia, los equilibrios se mantendrían. El viejo intentaba decir que el problema podía ser muy grave para Sir Horace pero no tanto, o nada, para el Imperio Británico; su sobrino lo entendió perfectamente. Será mucho más que una "guerra comercial", le respondió citándolo rencorosamente. Pues con Pringle al mando, y con esos criadores poderosos del sur, que producen seda por toneladas y son thugs fanáticos y lo han votado por sus ridículas promesas de lograr mediante cruzas la especie de gusano que pueda hacer la fibra con la que reconstruir el

"camisón de Kali" (y le da cierto sustento a esas promesas el que haya logrado el gusano destructor del té) la ACGUS podría arbitrar los activos exportables de toda la India, y es fácil imaginar lo que harían entonces: retención de sedas, sobre y subfacturaciones... Dejó en el aire lo demás; como todo militar inglés destinado en el Oriente, el Coronel estaba lo bastante familiarizado con la cuestión económica como para imaginarse las consecuencias. Lo estuvo pensando un momento, y cuando habló no fue para exponer una duda sino una seria objeción: Ha sido un error de tu parte, Horace, atacar frontalmente a Pringle. Pues no se trata de una cuestión de personas; si la ACGUS tiene la fórmula del gusano, la usará con o sin él. Incluso creo que él habría sido más manejable que los magnates ceylaneses... Lo pensé, dijo Sir Horace, no soy tan estúpido. De eso se trata en realidad. Lo he atacado por lo que creo que es su punto débil: la madre. Apoderándonos de ella, lo tendríamos en la manga. ¿Pero cómo? dijo el Coronel. No pensarás tenerla de rehén por siempre... Podemos, dijo Sir Horace, "robarle el alma". El Coronel no se apresuró a responder. Una vida entera en la India lo había hecho razonable respecto de los fenómenos inexplicables. Pero tenía toda clase de objeciones profundas, que no necesitó poner en palabras porque su sobrino se le adelantó: No, no me refiero a las charlatanerías de los swamis. He pensado en algo infinitamente más efectivo. En realidad los europeos nos adelantamos mil años a los hindúes en la cuestión del robo del alma. Me refiero al matrimonio. Miró a los ojos a su tío, que balbuceó: ¿Pero quién...? Sir Horace seguía mirándolo. ¡¿Yo?! exclamó el viejo.

Por fin el cuadro se le presentaba completo, y retrocedía espantado ante la responsabilidad. No sólo la jamona no era, como suele decirse, "su taza de té", sino que la maniobra lo convertía a él en un virtual rehén de por vida... Sin contar con que le estaba arrastrando el ala a una bailarina... Pero mejor no empezar por esa objeción, porque su sobrino no pedía otra cosa que empezar a explicar la mecánica del adulterio, de la que había hecho una especialidad.

En esas honduras estaban cuando un ruido les hizo volver la cabeza. El whisky se les heló en los vasos al ver a la condesa por la mitad de la escalera. La súbita materialización de alguien que está siendo tema de la conversación, así sea la persona más inofensiva del mundo, siempre produce espanto, y hace pensar en el diablo. La condesa era, por supuesto, una persona físicamente inofensiva, pero una segunda mirada los convenció de que venía teleguiada, en automático. Ambos comprendieron al punto que había habido una interferencia de swamis, y el de custodia había sido superado. Por lo visto, antes de poner en acción los sólidos métodos occidentales tendrían que liquidar los inciertos causalismos orientales, que quizás habían subestimado. La anciana ya llegaba al pie de la escalera. Se levantaron y fueron hacia ella, listos a someterla por la fuerza. Ella los dejó acercar, sin mirarlos. Pero cuando estuvieron a su alcance lanzó un golpe de hacha con el canto de la mano izquierda que acertó justo en la sien del Coronel y lo hizo volar cuatro o cinco metros. Quedó tendido con conmoción cerebral, en coma cinco. Sir Horace retrocedió alarmado y esquivó por milímetros una patada en molinete

que le habría reventado los riñones. Corrió hacia la mesita donde había dejado el revólver. La Condesa alzó sin esfuerzo una otomana biedermeier y se la arrojó. El borde de caoba dio en la espalda de Sir Horace y lo hizo morder la alfombra. Otros dos sillones lanzados como misiles se acumularon sobre la otomana. La sonámbula siguió su marcha hacia las grandes vidrieras, que ya rompía sin ruido desde afuera un oso mágico manejado por el gran Sudhán. Pringle asomaba tras el swami, tomaba por la mano a su madre y la llevaba hacia los caballos. Sir Horace lo vio todo desde abajo de los sillones. Milagrosamente no estaba herido. Cuando oyó el galope alejándose salió de abajo de los muebles, tomó el revólver y corrió hacia la terraza. Pero era inútil. Sudhán había lanzado sobre la mansión unas nubes fosforescentes que empezaban a condensarse en devas de ocho brazos giratorios, y los cimientos se sacudían.

Por suerte para él, el plantador era hombre de decisiones rápidas. Corrió a las caballerizas y montó a su mejor árabe. Partió al galope por la noche oscura, pero no en persecución de los fugitivos. A esa hora tenía una cita a cierta distancia de allí, en la rotonda donde la carretera que venía de Bombay se bifurcaba hacia Lahore e Islamabad. Cuando llegó, ya lo esperaba una comitiva de cuatro elefantes de alquiler, uno de ellos con una elaborada torreta cerrada. Vio las moles oscuras, echó pie a tierra y se acercó a un grupo de cornacs acuclillados. Uno de ellos, robusto y enturbantado, se dirigió a él. Era Lomy Cantón. ¿La trajo? le preguntó Sir Horace. El hombrón señaló con la cabeza el elefante de la torreta. El inglés asintió. Fueron al pie de la

bestia, el cornac corrió con la punta del picador un faldón de la tela, y se vio la silueta de una mujer velada, muy quieta. Sir Horace volvió a asentir y mandó montar. Intercambió unas palabras con Lomy: llevarían a la mujer (él se les adelantaría) a la ciudad sagrada de Kali, mejor dicho a sus ruinas, que todavía no habían sido descubiertas por los arqueólogos. Se hizo como él dijo. Fue galopando adelante, y atrás los cuatro elefantes, a paso rápido porque los cornacs estaban deseando ir a "La Grulla" después del largo viaje desde Bombay, donde habían cargado a la misteriosa mujer velada de un barco proveniente de Inglaterra. Hicieron en una media hora el sinuoso camino entre montañas.

La ciudad sagrada de Kali era un complejo de templos en relativa ruina; la ruina de los edificios abandonados siempre es relativa, y en este caso lo relativo estaba auspiciado por la construcción original, que databa de unos dos mil años y había sido barroca, superpuesta, anacrónica en sí misma, bastante inexplicable. Era un testimonio enigmático de la gran civilización del Indo. Los templos, unos diez en total, sin contar las transiciones, eran de estilo grutesco; las columnas desaparecidas, si es que las había habido originalmente, habían sido reemplazadas por los gomeros y las higueras invasores. Tigres y hormigas hacían su morada en esos laberintos de lunas. La adjudicación a Kali era hipotética; por supuesto, los creyentes no admitirían que en la época de su construcción Kali no existía, porque su razón de ser era la eternidad. Pero con los indios nunca se sabe. Lo cierto es que esos templos lo eran de una diosa, y el santuario

último parecía hurtarse entre recovecos pétreos y vegetales.

Cuando llegaron los elefantes, Sir Horace los esperaba, bajo una luna que ya empezaba a declinar (era tardísimo) al pie de la escalinata de acceso a la vía central. Allí desembarcaron a la mujer velada; el inglés se hizo cargo. Los cornacs se marcharon sin hacer preguntas, aunque intrigados por tan extraña maniobra, y por la identidad de la pasajera, que no había abierto la boca ni movido un dedo desde Bombay. Cuando quedaron solos, Sir Horace la tomó del brazo y subieron. Ella estaba vestida a la occidental, con un espeso velo que le cubría el rostro, era delgada, esbelta, y parecía joven. Caminaba con pasos livianos, aunque catatónicos. Se internaron por las ruinas en una dirección precisa: él conocía bien el sitio; no lo preocupaba el siseo de alguna víbora, los espasmos de los monos, el bostezo de un tigre o el llamado de los pájaros en la oscuridad. No dijo una palabra. En los interiores no temía el choque de un murciélago porque sabía lo infalibles que son esos animalitos esquivando bultos. Al extremo de un corredor brillaba una luz; salieron a un vasto salón, las paredes recargadas de estatuas de la diosa, donde un par de criados de confianza de Windson Manor custodiaba a una treintena de ponies lustrosos y bien alimentados; eran los que usaría el equipo inglés en el partido del día siguiente; previendo sabotajes, Sir Horace había elegido este escondite para que pernoctaran. Se metió con la desconocida en una especie de alcoba contigua, que había acondicionado someramente con un diván, una mesa y unas sillas. La hizo recostar en

el diván, siempre sin decir palabra, sin levantarle el velo. Ella obedecía como una gran muñeca. Al quedar horizontal, su pecho subía y bajaba como si estuviera dormida. Sir Horace se sentó en una silla, metió la cara entre las manos, y se quedó pensando. Su figura se empequeñeció. Se quedaron ambos muy quietos; los ronquidos de los ponies en la gran caverna llegaban muy disminuidos, las piedras de la ciudad sagrada de Kali parecían pesar más y ser más oscuras y estar más despobladas.

Sin embargo, no era así. A menos de quinientos metros y más de cien gruesos muros de distancia, en una cámara subterránea de las más secretas y recónditas del gran laberinto, estaba sucediendo una escena de insuperable horror. Era una especie de gruta de cincuenta metros de largo, veinte de ancho y bóvedas a unos diez metros de alto, que igual que las paredes estaban talladas con figuras tan toscas que parecían conformaciones naturales de la roca. Contrastaba con ellas el piso, del más reluciente y liso mármol blanco milagrosamente conservado. Sólo uno de los extremos estaba iluminado, pero con violencia, con media docena de lámparas de acetileno, y ocupado por media docena de personajes en la más extraña y escalofriante disposición. Para empezar, estaba Lady Barbie, de pie e inmóvil, desnuda como había venido al mundo, con el cabello rubio atado simplemente sobre la nuca y los brazos caídos al costado. Esto último podría haber llamado la atención: que desnuda como estaba, en presencia de extraños, no usara las manos en un gesto de pudor; claro que si hubiera podido mover los brazos habría podido mover también las piernas, y

lo habría hecho para huir. No estaba atada, pero la expresión de indiferencia de su rostro, corriente en ella y sobrenatural en la ocasión, indicaba que se hallaba en una especie de trance inducido. Frente a ella, contra la pared, en medio de dos altos armarios metálicos con perillas y amperímetros, había una camilla a diez centímetros del piso sobre la que estaba tendida una segunda lady Barbie, también desnuda pero blanca como el papel, y con tubos de goma flexible conectados a las venas del cuello. Los tubos subían hasta el cuello de una joven muchacha india colgada en posición horizontal, boca abajo, un metro más alto y al costado de la camilla. Una suerte de transfusión primitiva parecía estar por llevarse a cabo. La muchacha india estaba consciente, y con el más crudo espanto pintado en el rostro. Dos indios de mediana edad, mal vestidos y con el pelo suelto, observaban inmóviles a un costado. La luz se concentraba en el sector de la camilla y el instrumental, donde evolucionaba el restante personaje, Gwaith Mapplewhite. Era él quien había secuestrado a Barbie, aprovechando la confusión producida por el intento abortado de detener a Pringle, y seguro de que le echarían a éste las culpas. Se paseaba con las manos a la espalda y encima del uniforme de teniente de los Lanceros de Nepal la cara encendida por el frenesí. A Barbie la tenía drogada con una sustancia que inhibía todo movimiento voluntario sin afectar para nada la conciencia. De modo que podía hablarle, seguro de que lo escucharía hasta el fin, y explicarle lo que a simple vista parecía una locura sin objeto. Una locura, podía ser, pero objeto tenía. Así fue como Barbie se enteró de que su madre había muerto

envenenada con gel de cobra, que Gwaith había robado su cadáver, lo había "secado" y conservado con cremas, y había intentado repetidamente a lo largo de los últimos meses devolverlo a la vida mediante incorporaciones completas de sangre nueva. No se lo podía acusar de no haber puesto empeño en la tarea. Pero la operación siempre había fallado, y siempre de la misma manera... Al llegar a este punto balbuceaba, con los ojos en blanco y trémulo de furia. El fracaso era como una maldición divina, o como una burla... Cuando Barbie hizo su arribo al Punjab una semana atrás, él sintió que al fin tenía a su disposición la materia adecuada para llevar a buen puerto la experiencia: sangre afín, la más afín que pudiera desear. Ella ni siquiera podía protestar (pero para impedirlo de todos modos la había dopado) porque daría su vida por su madre, deber filial al que nadie podía sustraerse... Aun así, antes haría un último intento, ya que había logrado echar mano a "esta joyita", dijo señalando a la aterrorizada joven india colgada y entubada, una chica de buena familia, con algún abuelo francés. Si ella no funcionaba, y no ponía muchas esperanzas, entonces sería el turno de Barbie, lo definitivo. Él mismo dio vuelta las pequeñas manivelas con la punta de los dedos, y la transfusión se realizó en un abrir y cerrar de ojos. No se hacía al goteo, como sería cuando la hicieran los médicos con el método científico, sino al chorro, por succión general. La joven nativa se puso pálida y murió. Lady Harriet tomó color. Gwaith le arrancó los tubos con movimientos muy precisos y se inclinó sobre ella. La tomó por los hombros. Barbie vio con un torbellino

de espanto que no se tradujo en ningún gesto cómo el cuerpo de su madre se agitaba, primero con un temblor, luego con sacudones de los brazos y la cabeza, hasta alzarse sobre sus piernas con ayuda de su amante loco. Todos los músculos de la resucitada comenzaron a moverse al mismo tiempo, lo que era muy visible por estar sin ropa. Barbie veía a su madre, de la que había llegado a volverse un calco casi perfecto, la vio abrir los ojos, la boca, la oyó pronunciar sonidos inarticulados, vio la especie de danza horrible que realizó con brazos y piernas sacudiéndose tan rápido que parecían multiplicarse... Y sentía que su propia quietud de estatua, su gesto neutro de estar tomando el té con las tías, en medio del horror, era la perfecta representación de su no-representación, mientras su madre estaba representando todo lo que había de significativo en la vida y en la muerte, no guardaba secretos, no podía guardarlos. Pocas escenas ha habido más obscenas que ésa. Culminó con un vaivén convulsivo del vientre de Lady Harriet y la expulsión por el sexo, en un chorro continuo y fortísimo, que fue a dar en el piso de mármol diez metros adelante, de toda la sangre que había recibido dos minutos antes, hasta la última gota.

Un grito horrísono salió de la boca de Gwaith, que ya la tomaba por los hombros y la acostaba en la camilla de la que se había levantado: ¡Otra vez! ¡No hay caso! Y volviéndose a Barbie: Tendrás que ser tú. El enchastre de sangre en el piso era fenomenal. Los dos indios, que para eso estaban, se pusieron a limpiar con lampazos y baldes, mientras el amante loco desprendía el cadáver

seco de la joven india y se dirigía, con las cánulas en la mano, hacia su próxima víctima. Su mirada decía con ferocidad: Esta vez no voy a fallar.

"No voy a fallar." Es algo que, entre paréntesis, tengo ganas de decir yo en este momento en que el cuento parece complicarse infinitamente y la novela volver por sus fueros con más vigor que nunca. No sé si estoy justificada para afirmarlo, aunque sí en cambio estoy segura de poder decir esto: no sé escribir. Ojalá supiera. Pero no. Parece tan fácil... Me pareció tan fácil cuando empecé, cuando arranqué con la ya lejana hoja uno de este volante. Contaba con cierta complicación, claro, pero nunca soñé que sería tanta. Creo que antes dije, disculpándome: no soy escritora, soy actriz. Ahora, para explicarme, veo que me he convertido en la escritora de una actriz... Con lo que he escalado a un nivel superior de complejidad que no es casual sino inherente a esta engorrosa operación de escribir. Todo se hace acumulación cristalina de niveles, hasta el vértigo: explicación de la explicación de la explicación... Cuando empecé, escribía sola, sin creer todavía que estuviera haciendo nada específico; después, cuando tomé como ejemplo esta novela, fue como si otro escribiera conmigo, pero eso es algo que nunca se sabe. A propósito, querría prolongar un poco más este paréntesis con algo que me había olvidado de decir. Judith Michael, la autora de esta novela, es en realidad, como dice la contratapa del libro, dos personas y no una: Michael Fain y su esposa Judith Barnard. Escriben a dúo, son autores de varias novelas firmadas con el mismo seudónimo, y por lo visto les va bien porque tienen dos casas, una en Chicago y otra en Aspen. Supongo que

escribir de a dos debe de tener sus ventajas, porque la prueba de la explicación es inmediata: si uno entiende lo que quiso decir el otro, no hay más que hablar. ¡Cómo debe de simplificarse todo! Es una cuestión de gestos eficaces, en cierto modo (como los matrimonios que, según se dice, "se entienden sin palabras"), pero de eso me he prometido no hablar más, no intentarlo más, directamente. Quizás cuando una dice "no conozco la literatura" lo que quiere decir en realidad es "no conozco el amor". Ahí está el valor inusual de Judith Michael. Los jóvenes escritores del grupo Calcutti la habrían admirado, a sabiendas o no de que "ella" los inventó. Pero sucede, y a esto quería llegar en este aparte que confío en que será el último, sucede que la misma Judith Michael se queda corta respecto de la explicación, o más aun, de la comprensión. Y esto es así por el gesto que elige para el desenlace de la aventura. Es decir que más allá del final queda en pie la pregunta de "qué quiso decir"; de modo que mi estrategia habría sido errónea: intentar superar mi fracaso con un fracaso ajeno. Y sin embargo, creo que no es así; creo que hay un triunfo global, que proviene no de la realidad sino de la ficción, con lo que mi maniobra se prueba totalmente justificada. Me explico (a medias, todavía): la bella Barbie Windson es el emblema de mi taller en razón de su inexpresividad, de ser la belleza que representa el grado cero del gesto, de cualquier gesto. Y esta cualidad se deriva de un fondo de indiferencia perfecta. Ahora, la indiferencia, como valor filosófico y ascético, ¿qué es en el fondo sino indiferencia a la distinción entre realidad y ficción? Barbie es un mito: es el tigre, la serpiente, la luna, todo lo que

parece no significar deliberadamente nada por un movimiento propio; es el ser del que los indios nativos se han apartado por su expresividad, por su lenguaje (de escritores y snobs), en una palabra, por su humanidad. No puede sorprender entonces que todos amen a Barbie. En el torpe resumen que he venido haciendo no debe de notarse bien, pero cuando uno lee esta novela maravillosa lo ve con toda claridad: todos tienen que amar a Barbie. Pero ¿se puede ser amado sin amar? Y si Barbie amara, ¿no dejaría de ser una estatua? Ese es el problema que enfrenta Judith Michael, y creo que lo resuelve tan bien como se lo puede resolver. Lo que nos pone en el umbral del desenlace, y del fin de mi explicación y mi volante. Si lo hago bien, usted estará llamándome por teléfono esta misma noche —me adelanto, como en los programas de televisión grabados: me refiero a la noche del día en que yo le haya pasado una copia del volante bajo su puerta y usted lo haya leído. Y debo confesar aquí que toda la idea de este taller de expresión actuada se me ocurrió leyendo la novela; de modo que la novela no es sólo un "buen ejemplo", como dije antes para hacerme entender. Manos a la obra. El desaliento me paraliza, pesa mil atmósferas, no creía que pudiera tomar una dimensión así de universal. Pero ya que estoy, terminaré, porque sería un crimen quedarme aquí, con la meta a la vista.

El desenlace de la aventura (no de la novela, que es mucho más larga) sucede en los remotos sótanos de la ciudadela de Kali. El complejo de templos y galerías sagradas tenía más niveles de los que parecía a simple vista o a una primera recorrida. A la lejana civilización del Indo que lo

había construido era preciso reconocerle una rara pericia arquitectónica, sobre todo porque no se había limitado a acumular espacios, sino que los había dispuesto de tal modo que todos quedaban iluminados por la luna. Su blanco difuso llegaba incluso a la enorme caverna o montaña hueca a la que llegó Gwaith en su huida en descenso, emprendida un segundo antes de iniciar la experiencia crucial, al irrumpir los thugs.

Hitarroney, Beguel y Fejfec habían sido conducidos por Lomy Cantón al sitio donde media hora antes había dejado a Sir Horace. Una turba de thugs los había acompañado, y Lekha con ellos. Hubo un instante de estupor cuando entraron al salón de piso blanco, y en lugar de Sir Horace se toparon con el teniente Mapplewhite, manipulando dos cuerpos idénticos, dos Barbies, unidas por tubos. La gota que rebalsó el vaso fue la visión del cadáver seco ya descartado de la joven india, que no era otra que Chandra Cantón, hija de Lomy. Un rugido brotó de la garganta del padre, y sus acólitos habrían caído sobre el cuello del asesino con sus cordoncillos de seda, en el caso de que Lomy no hubiera llegado primero, de no ser por la reacción rápida de Gwaith. Fue realmente eficaz, como el rayo. Se precipitó sobre unos tambores de lata que tenía ahí, alzó primero uno y lo arrojó rodando, luego otro y un tercero en rápida sucesión. Los tambores rodaron con estruendo sobre el mármol y se abrieron dejando fluir hectolitros de sangre, toda la que había reunido en sus experiencias de los últimos meses. Se formó un hediondo lago rojo. Contaba con la invencible repugnancia de los thugs por la sangre, y hacía bien. No se limitaron a frenar el impulso y fruncir

el entrecejo, sino que soltaron gritos de espanto. Gwaith sabía que se las arreglarían para dar la vuelta, pero eso le daba los minutos que necesitaba. Con el vigor que da la locura, se puso bajo un brazo a Barbie, bajo el otro a Harriet, sin desengancharlas de los tubos, como dos maniquíes idénticos, idénticamente desnudos. Y se lanzó con ellas por la puerta baja que daba a un corredor descendente. A sus dos auxiliares los dejó olvidados. Beguel, que era el más deportista del grupo, y estaba excitadísimo, salió corriendo por donde habían venido y encontró un pasaje por un nivel superior. Por allí fueron todos, y cuando salieron a la gran caverna vieron al teniente colgado de unas altísimas cornisas, acomodando a las dos mujeres. Quién sabe cómo había logrado subirlas hasta ahí. Barbie ya habría sufrido su destino fatal de no ser por un pequeño error que había cometido el orate: la había puesto a ella abajo y a la madre arriba, confundido él también por el parecido, y así la transfusión no funcionó. De modo que las estaba cambiando de lugar cuando llegaron los thugs. No parecía que éstos pudieran hacer gran cosa porque estaban abajo, como espectadores impotentes. Los thugs no usan armas arrojadizas. Lo vieron dar los últimos toques, desatar un nudo que se había hecho en un tubo...

En ese momento Lekha soltó un grito agudísimo. Algunos que habían empezado a trepar por las anfractuosidades de la roca se detuvieron en seco; los que estaban por arrojar piedras se congelaron en el gesto. De un agujero muy elevado se extraía una figura negra... y comenzaba a bajar hasta el saledizo donde se encontraba el teniente, que interrumpió sus maniobras en el preciso

instante en que iba a inducir la gran succión... Era el Enmascarado, con el maillot negro, el antifaz, la capa negra de seda... Una intensa emoción se apoderó de los thugs allá abajo. Comenzaron en voz baja el canturreo con el que el pueblo acompañaba las proezas de su héroe, cuando tenía el privilegio de ser testigo de ellas: "at-man... at-man...". (*Atman* en sánscrito significa espíritu o aliento vital: lo que se interrumpe en la estrangulación, justamente.) El Enmascarado lanzó un directo a la mandíbula de Gwaith, que trastabilló sobre el cuerpo de Harriet, pero respondió desde el suelo con una patada que puso al borde del abismo al Enmascarado. Pero no cayó, y esquivó la embestida del teniente... Gwaith manoteó en el vacío, logró hacer pie, y hundió un puñetazo con mucha pimienta en el abdomen prominente del Enmascarado; cuando éste se doblaba por el dolor, recibió encima un punch ascendente en plena cara, y fue a quedar crucificado contra la roca. Pero el tercer golpe de Gwaith fue bien esquivado, y el puño se incrustó en la piedra. Jabb del Enmascarado, directo de izquierda de Gwaith, gancho del Enmascarado, swing de Gwaith... Allá abajo el "at-man... at-man..." se hacía ensordecedor. Lo único raro era que no interviniera Canuto. No se lo veía por ningún lado. Pero el aliento popular pareció convencer a Gwaith de que no tenía chances. Para colmo, el Enmascarado en un trance del combate fue a caer sobre el cuerpo de Harriet y lo hizo rodar consigo, arrancando los tubos... Entonces Gwaith se decidió, renunciando a la transfusión, a emprender la huida. Antes de que su contrincante se levantara ya había tomado a la paralizada Barbie y se lanzaba con ella roca

abajo, con la agilidad de una cabra. Iba directo hacia los thugs, que pelaron los cordoncillos de seda esperándolo... Pero era demasiado malévolo para ellos. No sólo su vigor físico se había multiplicado con la necesidad, también lo había hecho su astucia diabólica. Porque lo que se le ocurrió para tener a los thugs a distancia fue una inspiración satánica. Se había puesto a Barbie sobre un hombro, con un tubo todavía conectado al cuello, y sostenía con la mano la punta del tubo, como una manguera, apuntando a los thugs, con un dedo amenazadoramente puesto sobre la válvula... Ellos entendieron de qué se trataba (un toque de pulgar y saldría un chorro de sangre que los bañaría), y le abrieron paso. Los cordoncillos se aflojaron en sus manos. Él retrocedía con risas malvadas, y por ir de espaldas no vio un río subterráneo que corría por ahí, y se cayó con su carga. Los espectadores contuvieron la respiración. El río era turbulento, y los dos cuerpos desaparecieron. El primero en subir a la superficie fue el de Barbie, blanco y extendido, por suerte boca arriba, y comenzó a flotar alejándose. Gwaith emergió poco después y nadó hacia la muchacha; pero no llegó muy lejos porque un cocodrilo le salió al paso. Los thughs y los Calcutti contemplaban desde la orilla, y el Enmascarado desde allá arriba. El combate fue breve. El cocodrilo no tuvo siquiera que morder: se lo tragó entero, y los gritos de Gwaith, que entró de cabeza, parecían resonar dentro del cuerpo de la bestia. Barbie, recordémoslo, estaba consciente, lo había estado todo el tiempo, y la visión de este último accidente, a menos de un metro de ella, habría bastado para colmar su capacidad de espanto; pero la droga seguía ac-

tuando sobre su organismo, y no manifestó, a media agua como estaba, ninguna emoción. Eso podía significar poco, porque los cocodrilos la tenían a su merced... Pero una piragua salida de la nada hendió las ondas, y unos brazos gordos la alzaron... Era Sonda, ella también poseída por la locura de la oportunidad. Veloz como una flecha, la embarcación se perdió tras una arcada de piedra, y quedó flotando en la caverna la risa aguda de la gorda... y seguía flotando cuando la piragua volvió a aparecer por un agujero mucho más allá, en un sector de la caverna separado de éste por un abismo, y entonces la sonrisa que había en el rostro de Sonda se borró, pues por un agujero la corriente de agua se precipitaba en una cascada de varios cientos de metros hasta las profundidades. La piragua voló al ser expelida, y los dos cuerpos fueron cada cual por su lado. El de la gorda dando volteretas en el vacío... Y sucedió algo curioso: la luz de la luna se concentró en sus rubíes y toda la caverna se iluminó durante un segundo con la más intensa luz roja, que hizo cerrar los ojos a los thugs; el grito de Sonda se prolongó dos o tres minutos en la caída.

Cuando abrieron los ojos, vieron que Barbie había quedado de pie en un saledizo del muro de piedra, a un costado de la cascada. La luna le daba de pleno. Todos la miraban. En los rostros de los tres escritores se dibujó una expresión soñadora. Estaba más hermosa que nunca, con los ojos abiertos, mirándolos, sin expresión... Ellos pensaban, en una coincidencia que suele darse entre escritores, en la experiencia. Esa muchacha tan joven, una aristócrata inglesa recién salida del internado, estaba viviendo una aventura fantástica,

sentía el aleteo de la muerte a cada instante, era un juguete en manos de un destino atroz... Y todo sin buscárselo, por acción de fuerzas que la tomaban por objeto y que parecían venir directo hacia ella desde lo más profundo de la noche o del firmamento. ¡Cuánto tendría para contar, si sobrevivía! Ellos en cambio, por más que corrieran al encuentro de la aventura, seguían siendo testigos: el surgimiento de la belleza allá en medio del bramido de la violencia lo probaba. Se alzaba ante sus ojos una niebla de conciencia que velaba la maravillosa desnudez de un destino, que era justamente lo que estaban mirando. Fue como si se preguntaran de pronto si podrían escribir alguna vez. Bueno, sí... escribir podrían. ¿Pero escribir bien, escribir en serio? Como si eso tuviera alguna importancia, un profundo desaliento vino a posarse sobre sus cabezas.

Los sacó de su ensoñación la voz del Enmascarado: ¡Negros de mierda! empezó,y los thugs se quedaron con la boca abierta. Lo que dijo a continuación potenció su asombro y los deprimió terriblemente. Porque fue un discurso racista, reaccionario, resentido. El héroe del pueblo caía del pedestal, y lo peor: sin motivo alguno. Que el Enmascarado era inglés, todos lo sabían, ¡pero un inglés bueno! Este en cambio encarnaba todo lo peor del colonialismo salvaje y represor. Y como si las palabras operaran una magia muy eficaz, empezaron a verlo distinto: más bajo, más gordo, para nada atlético, con los pómulos llenos de venitas rotas bajo el antifaz, y la nariz arrebatada de bebedor de whisky... Y la voz, que tan poco habían oído antes, también sonaba distinta, la dicción pesada y neblinosa, la papa en la boca. ¡Y

lo que decía! Era como para abatir el ánimo. Que agacharan la cabeza ante la supremacía británica, que obedecieran, que valían menos que los perros y los caballos de los sahibs. que no se hicieran los vivos... Pero de pronto se sobresaltó cuando un cuerpo pequeño y grácil se arrojó sobre él con toda la intención de hacerlo caer de la altura. Logró esquivarse a último momento y la tomó por las muñecas. Era Lekha, que en la desesperación de ver corroerse las bases morales y políticas de su ídolo había trepado hasta la cornisa aprovechando la distracción general y lo atacaba. ¡Vos también, puta, arrastrada! gritó el siniestro Enmascarado, y con un solo movimiento de brazos la arrojó al vacío. El bello cuerpo de la bailarina se estrelló en medio de la atónita multitud de thugs. ¡Ya ven lo que ganan con resistirse! gritó el asesino. ¡Y ahora los ponies ingleses darán cuenta de todos ustedes! ¡A ellos, mis lanceros! Las cabezas se volvieron. Por la entrada inferior de la caverna irrumpían los ponies del equipo inglés de polo, y no precisamente en tren deportivo, porque estaban drogados, con los ojos rojos y echando espuma sanguinolenta por los morros; atrás, medio centenar de lanceros de Nepal con los rifles amartillados. Los thugs retrocedieron con espanto contra la pared de roca. Pero no tenían escapatoria. En minutos. serían carne molida bajo las patas de esos animales furiosos. Comprendían que la maniobra no se limitaba a aniquilar su moral, sino también sus personas. Los ponies piafaron, listos a cargar...

Y en ese momento ("at-man... at-man...") sucedió un milagro. Por el otro lado sonó un galope pesado; todos volvieron la cabeza; era Mambo, el elefante enano de la difunta Sonda, que venía al

rescate de los indefensos. Y de pie (no sentado) en su lomo, quién si no el verdadero Enmascarado, alto, esbelto, joven, bellísimo, con Canuto al hombro, gritando: ¡Alto! ¡No te será tan fácil, impostor! Y su dicción era suave, un inglés tropical y acariciante... De un salto pasó a la pared de piedra y comenzó a escalar con agilidad de mosca, mientras Mambo se precipitaba contra los ponies, y los thugs se abrían en abanico, los cordoncillos otra vez tensos en sus manos, la vista fija en los cuellos de los Lanceros... Se trabó el combate: lanceros contra thugs, Mambo contra ponies, y allá arriba el Enmascarado contra... ¿Pero quién era el impostor? No era otro que Sir Horace, quien después de la meditación junto a la mujer velada se había internado por las galerías subterráneas y había encontrado por pura casualidad la cámara secreta del Enmascarado, que tanto habían buscado las autoridades. En medio de la euforia algo patológica en la que lo habían puesto los acontecimientos de la noche se le ocurrió la curiosa idea de disfrazarse con uno de los trajes del famoso justiciero (había varios, colgados prolijamente de perchas) y lo demás es historia conocida. Pero ahora, al enfrentarse al verdadero Enmascarado, sus últimos cartuchos de energía estaban gastados. Después de todo, era un hombre de edad. A la primera trompada quedó patas arriba. Canuto le arrancó el antifaz y todos vieron quién era. Pero no se tomaron mucho tiempo para mirar, pues la batalla arreciaba: Mambo aplastaba ponies como maníes, los thugs se hacían un festín de estrangulamientos, y la pila de cadáveres crecía. El Enmascarado, después de tomarle el pulso a Lady Harriet y comprobar que estaba totalmente muerta, la

dejó cubierta con su amplia capa negra y desapareció discretamente por una hendidura. Cuando la batalla tocó a su fin, al no quedar un pony ni un lancero con vida, hizo su aparición Cedar Pringle, serio y relajado. Se acercó a los tres jóvenes escritores, que habían estado mirando desde un rincón. ¿Qué pasó? les preguntó. Ellos le hicieron un breve resumen. La agitación se había calmado. Ahora, dijo Hitarroney, sólo debemos preocuparnos por sacar a aquella pobre chica de ese incómodo sitio. Se refería a Barbie. La miraron. Seguramente el Enmascarado se ocupará, dijo Beguel. No, tendremos que hacerlo nosotros, respondió Pringle. Lo miraron pidiendo una explicación. ¿Acaso el Enmascarado no se ocupaba de todos los problemas difíciles? El conde tartamudeó con elegancia: Este... me crucé con él cuando entraba y me dijo que tenía que hacer en otra parte. Fejfec fue a hablar con Lomy, que se entretenía en re-estrangular a algunos cadáveres, por si acaso. Los thugs deliberaron, y el resultado fue que todos fijaron la vista en Barbie. A esta altura, el efecto de la droga que le había administrado Gwaith comenzaba a ceder: la vieron girar apenas el cuello, y la luz de la luna mostró que sus pupilas se dilataban.... No eran gestos todavía, pero parecían tener un sentido... Todos siguieron la dirección de su mirada... Lo que vieron superaba todas sus expectativas: una segunda Barbie (o tercera, contando el cadáver de Lady Harriet) exactamente igual a ella, había aparecido al otro extremo de la caverna: una Barbie de expresión ausente, desnuda como la primera, a la que miraba fijo... Pero no, no estaba desnuda. La cubría una prenda de seda transparente, de impalpable delicadeza, que todos

reconocieron: el camisón de Kali. Era Lyra, la hermana gemela de Barbie, que el padre había hecho traer en secreto de la clínica en Suiza donde la tenían recluida desde hacía diez años, cuando su locura se hizo patente. Al quedar sola en la cámara donde la había dejado Sir Horace, Lyra lo siguió, encontró la habitación secreta del Enmascarado, en ella el camisón de Kali, que se puso siguiendo órdenes de su cerebro desequilibrado, y recorrió los pasadizos atraída por el llamado misterioso que en ella (y no sólo en ella) hacía oír la bella Barbie, a la que se parecía como sólo una gota de agua puede parecerse a otra gota de agua. Los thugs se prosternaron y tocaron el suelo de piedra con las frentes. Los únicos que quedaron de pie fueron los tres jóvenes escritores, y Cedar Pringle. Lyra levantó lentamente los brazos hacia su hermana lejana... Los cuatro literatos miraron también a Barbie. Hitarroney pensaba: muerto Sir Horace, y si la hermana es legalmente nula por deficiencia mental, y si es cierto como dicen que Windson Manor se derrumbó esta noche por exceso de fosforescencia de swamis... entonces Lady Barbie hereda las más grandes plantaciones de té del Punjab, y Pringle se casará con ella... Era el desenlace lógico, dentro de todo. ¿Pero era lógico que Pringle se quedara con la chica? ¿Acaso ellos tres no la amaban también? ¿Y la hermana loca, que parecía necesitarla como se necesita el aire para respirar? ¿Y los thugs prosternados, adorando a su imagen? ¿Y Mambo, que la miraba con sus ojos saltones de monstruo? ¿Y el cadáver de su madre, que también era ella, haciendo triángulo en la caverna iluminada por la luna? Seguían mirando a Barbie, como si esperaran una res-

puesta. Y algo de eso hubo. El receso de la droga abrió paso a un movimiento imperceptible en el rostro, mucho menos que un gesto: su sombra, su presentimiento... Los labios se movieron un milímetro, no más, y los espectadores tuvieron la ocasión de ver algo que sólo se ve una vez, con suerte, en el transcurso de una vida: una "sonrisa seria", y fue como si bajo su influjo se desatara no sólo el nudo de la aventura sino el nudo de la vida, complicado y transparente, y hasta el del corazón, hecho de rumorosos agujeros de sangre, y todos volvieron a una saludable indiferencia.

17 de diciembre de 1989